

letras

revista de arte y literatura

EDITORES:

librería SALVAT
Barcelona-Santiago

REDACTAN: ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA.
SALVADOR REYES, MANUEL EDUARDO HUBNER.
HERNAN DEL SOLAR, LUIS ENRIQUE DELANO.
CASILLA 2292

40 CTS

AÑO II — Santiago de Chile, Diciembre de 1929 — No. 15

el salón oficial de 1929 por alberto rojas jiménez

PRELIMINAR NECESARIO

Producto del pensamiento, correspondiente a su movilidad constante, la pintura no puede ser fijada en una forma dada. Evolucionará sin cesar y su presencia viva conforma el tributo a la actualidad en el campo que le es propio.

ritmo y el espíritu de nuestro tiempo. Y este "arte vivo", pese al espanto o a la incompreensión del público, pese a los gritos alarmados de quienes viven en retraso o con los ojos vueltos al pasado, no es otra cosa que la consecuencia lógica del arte de ayer, como el de ayer lo fué del de antes de ayer. Evolución continuada, irrefre-

año de 1525, brotaba ya el rococó con el Corregio. Ahora bien, renacimiento, barroco y rococó son, en apariencia, tendencias tan esencialmente distintas como impresionismo, expresionismo y post-expresionismo.

Las ideas plásticas que se engendran en los comienzos del siglo XVI, hubieron de ser realizadas, perfeccionadas y agotadas aisladamente, en el transcurso de siglos posteriores. Labor de varias generaciones. No es raro entonces que las tendencias de nuestra época que nacen con los primeros impresionistas (¿qué raro, verdad, señor Yáñez Silva?), hacia 1847, proporcionen materia a muchas generaciones de pintores.

Separar netamente uno de otro el impresionismo, el expresionismo y el post-expresionismo, conduce sólo a un error: el creer que estas tendencias son diametralmente opuestas. En el fondo, y en verdad, estas tres tendencias tienen fundamentos comunes que el tiempo hará claramente visibles, como en el caso de las tendencias de 1525.

Forman un frente único contra la producción extrínseca del mundo, quieren dominarlo, apropiarse de él: el impresionismo, por la perespiritualización de la luz y el aire; el expresionismo, gracias a la esquematización cubista de toda intuición y el post-expresionismo mediante la separación y solidificación rigurosa de los objetos.

Basta haber visto obras de estas tres tendencias y haberlas observado con ojo despierto, para estar convencido de que cada una ha nacido poco a poco de la anterior, hasta el punto de que los años y las obras limítrofes pueden ser incluidos en dos escuelas. Así nos explicamos el caso de Paul Cezanne, exponiendo y laborando con el grupo de los impresionistas y siendo considerado como uno de los suyos, cuando, en realidad, aportaba conceptos nuevos, previendo que el estudio de los volúmenes primordiales abriría horizontes insospechados a la investigación pictórica.

En la línea evolutiva de la pintura, luego que Cezanne reacciona contra el realismo, todavía superficial de Courbet, Pablo Picasso, a su vez, reacciona contra el virtuosismo de Monet.

Picasso, inventor del cubismo, perseguía el análisis estricto del objeto. Esa fué la razón y fin del cubismo.

Consecuencia del cubismo — la tendencia más interesante y combatida de nuestra época — ha sido el rejuvenecimiento del pensamiento y los cubistas, con su labor, han logrado mostrar los nuevos derechos de la fantasía y demostrar, a su turno, en formas inéditas, que constituye un absurdo querer fijar la pintura en un aspecto determinado.

Sólo por capricho o por ignorancia se pueden negar los nombres de Picasso, Derain, Vlaminck, Modigliani, Braque, Juan Gris y Matisse. Y el negarlos constituye desconocer y negar a Manet, Degas, Sisley, Cezanne, Pissarro, Renoir y Claude Monet...

Para que no hubiera nacido el cubismo, habría sido necesario que el impresionismo no hubiera existido.

Y AHORA, EL SALON

Ha sido necesario este preliminar como respuesta a los ataques que, con motivo de nuestro Salón Oficial, se han dirigido a la pintura, producto de nuestro tiempo. Como siempre, se han barajado palabras, denominaciones (cubistas, modernistas, voluministas, etc.)

la tradición de un arte de "cuya primitiva fuente—destruida y cegada—nos separan varios siglos de distancia.

Pero si es cierto que desentenderse de Europa sería un error, no es menos cierto que, poseyendo un espíritu apto para percibir y exteriorizar conceptos estéticos que la velocidad de la vida contemporá-



SALON OFICIAL 1929 — "RETRATO", POR GRACIELA ARANIS

No pudiendo permanecer extraña a los grandes problemas de la época, los reflejará necesariamente. Es inútil pretender en nombre de añejos cánones o de un academicismo rancio, que la pintura escape al hábito y a las aspiraciones del presente o a la acogida de todos los gérmenes activos en medio de los cuales se desarrolla y nuestro siglo que es testigo de tan milagrosas realizaciones en todos los dominios de la actividad humana, no puede tener un arte que no esté en contacto con todas las energías que él crea.

nable, ritmo respiratorio de la vida que, si pudiera detenerse, sólo engendraría la muerte del espíritu.

Cada dos o tres generaciones forman un límite, un ciclo de características bien definidas dentro de la evolución general del arte. Y cada ciclo comienza siempre por reaccionar en contra del precedente, aún cuando encierre dentro de sus límites varias y diversas tendencias. Razones para estas reacciones sucesivas: el agotamiento o la degeneración de una técnica; la estrechez de un concepto predominante; el descubrimiento o la presencia de nuevas posibilidades de investigación.

Así, hacia 1525, vive Italia los días centrales del Renacimiento, mientras la gloria del "quattrocento" no se ha extinguido todavía. Pero también hacia 1525, con Miguel Angel y su escuela, apunta el barroco. Cuando aún no había sido el barroco entendido—y mucho menos extendido—hacia el mismo



SALON OFICIAL 1929 — "LA PARISIENSE", POR ISAIAS CABEZON

y, por encima de todo, se ha hecho derroche de ignorancia y de encono. La vache enragee...

Alguien llamó a Cezanne un impotente, un blufeador; a Picasso, un desequilibrado. Lo de siempre. Ya no puede extrañarnos.

Para nosotros existe un problema mucho más cercano y de interés mucho más alto: la situación y porvenir de las artes plásticas en nuestro país. La situación, porque es punto poco claro. Y el porvenir, puesto que el pasado lo conocemos y el presente nos deja descontentos.

En mi crónica del Salón de 1928 (Revista de Educación, Dic. 1928), dije: "Es ineludible que nosotros, americanos, hijos de europeos, tengamos que aceptar la pauta estética que nos impone la investigación europea. La tradición americana no nos pertenece. La Conquista destruyó el arte americano e impuso las teorías y formas artísticas del viejo mundo. Es imposible para nosotros continuar

neha ha hecho devenir universales, la producción de un arte rezagado e inánime constituiría un estéril esfuerzo".

Ahora bien, así situados, no puede interesarnos manifestación artística alguna que revele estagnación o anacronismo. Por sobre todo, debemos exigir correspondencia con la expresión estética de nuestros días. Desgraciadamente, al hacer el memorándum de este Salón de 1929, ¡cuán pocos son los pintores que pueden ocupar nuestra atención!

Tres nombres sobresalen de ese océano de "amateurs" que integran el Salón: Luis Vargas Rozas, Graciela Aranis, Armando Lira.

Vargas Rozas, de quien conocimos casi la totalidad de su obra, nos aparece en el punto más interesante de su evolución. Recordamos la tenacidad de sus investigaciones. (Hubo una época en la que trabajó con sólo negro y blan-

no hasta llegar a dominar ampliamente el volumen), y se nos revela un pintor de sinceridad innegable.

Alguien nos dijo, cuando los envíos de Europa llegaron al Salón: "Lucho Vargas se ha querido reír de nosotros... Ha mandado una pitanzal". Mon vieux. Souvenirs de ton pays. Ça te donne la pressure!

Graciela Aranís, verdadera sorpresa con sus envíos, dominadora del dibujo, sobria en el color, armoniosa en la composición. Es curioso encontrar en una mujer tanto poder de asimilación y tanta cualidad reunida.

Armando Lira, otra sorpresa. Sus siete telas demuestran a un trabajador infatigable. A pesar de la diferencia enorme que hay entre su labor anterior y la presente,

mediando entre ambas apenas un año, hay en todos sus cuadros un mismo aspecto, una misma seguridad. De los buenos maestros actuales franceses (de Othon Friez, sobre todo), ha sabido tomar una lección de severidad y constancia digna de elogio.

Citemos en seguida a Isaías Cabezón, para decir, sin alegría, que su envío desmerece de todo lo que antes habíamos visto firmado con su nombre. Dibujo pobre, descuido, demasiada confianza en algo que sus manos no sujetan con debida fuerza. Hasta el colorido, cualidad innegable en su pintura, aparece aquí apagado, sucio. Isaías habrá sido el primero en lamentar lo fugaz del tiempo que tenía por delante para presentarse a este Salón.

Camilo Mori, que fué hace diez años el valor más seguro de nues-

tra pintura joven, ahora le vemos desorientado, buscándose en los terrenos más opuestos y sólo su Naturaleza Muerta (N.º 462), nos lo muestra con sus cualidades sobre buen camino.

Jorge Caballero, estudioso, serio en sus trabajos, pero echando mano de elementos ajenos a lo que trata de hacer. ¿A qué esos tonos vacíos, sin sostén, que parecen puestos allí para relleno de algunos rincones de la tela? Modigliani solía gritar en Montparnasse: "Le flou pour les photographes!"

Marcos Bontá, armonioso en la composición y rico en ella. Buen dibujante. Ardiente en el color, pero demostrando demasiada paciencia en la técnica demasiado "petit metier". La mayoría de sus grandes bocetos hechos con más

espontaneidad, nos mostrarían a un pintor en posesión de todas las facultades para realizar una obra duradera.

Julio Ortiz de Zárate, tímido, enamorado de ciertas armonías de color que le restan fuerza al modelado de sus figuras, con mucho de anécdota en el cuadro, poseyendo, sin embargo, la clave que muchos buscan la mayor parte de su vida.

Y nos quedan todavía algunos nombres: María Valencia, de gran fantasía en las artes decorativas; Jorge Madge, tranquilo, buen colorista; Inés Puyó, de factura simplísima; Laureano Guevara, constante, sin pretensiones; Waldo Vila, sin temor a la materia, dominándola, de gran fantasía, y cuyo Estudio (N.º 388), nos recuerda a Gauguin, ardiente de color y valiente en su composición. Artu-

ro Valenzuela, que presenta un conjunto de telas uniformes en su luminosidad y en su factura; Enrique Mosella, de técnica muy personal y en quien la curiosidad y el interés en la investigación pueden llevarle a un lugar destacado. Usando de bagatelas, sin embargo, para dar "ambiente nuevo" a sus cuadros, cuando, dando mayor libertad a su fantasía, lograría lo que desea. María Herrera de Anguita, vigorosa de color, de construcción descuidada. Y María Aranís, que en su Naturaleza Muerta (N.º 10), logra destacar sabiamente los volúmenes empleando colores de gran fineza. ¡Et c'est tout!

A. R. J.

Nota.—En nuestro próximo número nos ocuparemos de la escultura.

A O T A S

"GONG"

Continuamos recibiendo esta publicación de Valparaíso, que refleja un interesante movimiento literario. Para fecha próxima anuncia la aparición de un volumen titulado "Gonglandia", que reunirá colaboraciones de Jacobo Danke, Creste Plath, Mario Bonat y demás muchachada de ese puerto. Debemos anotar los hermosos grabados en madera y linoleum que ha dado a conocer "Gong" y que se deben a los artistas Germán Baltra y Hermanos Alvia.

CONCURSO BLASCO IBÁÑEZ

La señora Elena Ortúzar de Blasco Ibáñez, interpretando los deseos que siempre manifestara su esposo, ha puesto en manos del Director de "El Mercurio" de Santiago, la suma de cinco mil pesos, a fin de que se instituya un concurso de novelas cortas que llevará el nombre de "Certamen Blasco Ibáñez". Las bases de dicho concurso son las siguientes:

1º Se abre un Certamen de Novelas Cortas, cuyos premios son

donados por la señora Elena Ortúzar de Blasco Ibáñez y que llevará el nombre de "Certamen Blasco Ibáñez".

2º Sólo pueden optar a los premios los escritores de nacionalidad chilena.

3º Las obras que se presenten deberán tener una extensión no menor de 30 y no mayor de 90 hojas de papel de oficio, escritas a máquina, con dos espacios.

4º Los manuscritos deben venir firmados con un pseudónimo, y acompañados de un sobre cerrado que lleve en la cubierta el pseudónimo y en el interior el nombre del autor.

5º Los trabajos se recibirán hasta las 24 horas del día 31 de marzo de 1930, y la decisión sobre los premios deberá publicarse antes del 15 de mayo del mismo año.

6º Todos los sobres que se reciban serán entregados a un notario público y se abrirán en su presencia en el momento oportuno, los que correspondan a los pseudónimos premiados.

7º Habrá tres premios: el primero de dos mil quinientos pesos; el

segundo de mil quinientos pesos, y el tercero de mil pesos.

8º Los manuscritos y sobres deben ser enviados a C. Silva Vildósola, imprenta de "El Mercurio", Santiago.

"CHILE"

Hemos recibido esta revista que publica Guillermo Bianchi, cónsul chileno en Sao Paulo. Además de las informaciones de comercio y propaganda de salitre y turismo de nuestro país, Bianchi se ha preocupado de dar a conocer a nuestros hombres de letras, publicando versos de todas las épocas de nuestra literatura, y cuentos de los autores más modernos, éstos últimos cuidadosamente traducidos al portugués.

LA ESCUELA DE LIBRERIA

Con objeto de proceder a la elección y nombramiento del profesorado de la Escuela de Librería, que va a inaugurarse en la Cámara Oficial del Libro, de Madrid, se

ha convocado a concurso público con arreglo a las siguientes condiciones:

1º Las cinco cátedras que se sacan a concurso son las siguientes:

a) Teoría de la disposición material del libro y de las artes decorativas con él relacionadas.

b) Iniciación a la historia general de la literatura y nociones de clasificación de las ciencias y de tecnología.

c) Organización comercial de la librería, contabilidad y publicidad.

d) Bibliografía y catalogografía.

e) Prácticas de informaciones y tasación bibliográfica antigua y moderna.

2º Cada cátedra tendrá de dotación 2,000 pesetas anuales.

3º Las horas de las clases serán tres semanales, y nocturnas y en días alternos, excepto en la cátedra de bibliografía, que tendrá cinco horas semanales, destinándose dos, por lo menos, a ejercicios prácticos.

4º El año se dividirá en dos cursos semestrales, cuyos períodos de clases comprenderán desde el 1º de febrero al 31 de mayo, y desde

el 1º de setiembre al 20 de diciembre.

5º Habrá clases todos los días laborables, excepto aquellos que la Cámara del Libro declare como festivos en el reglamento de la Escuela.

6º Los aspirantes a este concurso presentarán su programa detallado y dividido en lecciones de la materia de su asignatura y una sucinta memoria, expresiva del criterio y procedimientos pedagógicos que han de seguirse en la enseñanza. Tendrán en cuenta, sobre todo, los aspirantes a las cátedras a) y c), la conveniencia de utilizar la división del curso en dos semestres para dar un carácter más elemental a las enseñanzas del primero y de índole superior o especializado a las del segundo.

7º Los aspirantes acompañarán, a los trabajos anteriores expresados, relación de sus títulos académicos y de todos aquellos méritos que juzguen pertinentes y puedan comprobarse documentalmente.

El concurso será resuelto por la Cámara Oficial del Libro, de Madrid, sin que quepa recurso ulterior contra su acuerdo.

BIBLIOGRAFIA N.º 2

Juventud. — Conferencia de Luis Jiménez de Asúa . . . \$ 4.00	
Novia. — Partido por dos, por Antonio Robles (Humorista) 8.00	
Marquesita y Modistilla, — (novela Rosa N.º 141) J. Mérida 2.30	
Hombre y Mujer. — Novela de un amor, por Elinor Glyn 3.00	
El Agente Secreto en la Guerra Europea. — (Espía N.º 123—X—18.), por, Ch. Lucietto 7.60	
El Último Corsario. — (Hazañas de un velero Alemán en pleno bloqueo Aliado), por el Conde de Luckner, (un tomo con fotos y textos). 13.00	
La tragedia Biológica de la Mujer. — Por A. Nemilow. 8.00	
La Bolchevique enamorada. — Por A. Kolontay 7.60	

OBRAS CIENTÍFICAS:	
Electricidad Agrícola. — (Sistemas y consejos para alumbrar y obtener fuerza eléctrica), por Petit 25.00	
Topografía. — Agrimensura — Catastro, etc., por, C. Muret. 21.60	
Plantas de escarda. — El cultivo de la Patata y su explotación, por H. Hitler 25.20	
Construcciones Rurales. — Pequeñas casas, galpones y toda construcción en el campo, por Danguy 25.20	
Los Derechos del Niño y la Tiranía del Ambiente. — (Psicología. — Educación — Derecho penal), por Samuel Gajardo 5.00	
El Problema Agrario en Chile. — Por Pedro Aguirre Cerda 10.00	
Genealogía del Delito y de la Pena. — Por Alfredo Guillermo Bravo 5.00	

librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

Casilla 2326 — Teléfono 84734 — Agustinas 1043
SANTIAGO.

El mejor surtido de libros en la mejor Librería.

GALERIA Dittrich & Silberfeld

AGUSTINAS 1049 — TELEFONO 85782 — CASILLA 2731

Cuadros Antiguos y Modernos
Toda clase de Objetos de Arte
Muebles Estilo, de
Platería Colonial.

VISITE UD. NUESTRA SUCURSAL

CASA DE ANTIGÜEDADES

"El Tajamar"

Calle Esmeralda 749 - Teléfono 85398

15 minutos con jacobó nazaré

Jacobó Nazaré no es un hombre silencioso: es un hombre callado. Su actitud es activa y reposada a la vez. Gestos rápidos rompen de pronto su figura tranquila, su sonrisa ancha. Vemos aparecer su rostro detrás de un escritorio de "cortina", junto al cual permanece varias horas diarias, y es siempre el mismo rostro. Ni más alegre, ni más triste, ni más fatigado, ni más entusiasta.

Hasta ahora era conocido únicamente de algunos círculos intelectuales. De pronto su novela "Más de una mujer" viene a revelarlo a todos como un gran creador de arte, como un espléndido observador de almas. La crítica lo saluda, el libro se vende y Jacobó Nazaré permanece ahí detrás del escritorio, ni más tranquilo, ni más nervioso, ni más alegre, ni más triste.

A veces permanece días enteros al sol en las piscinas y vuelve con la piel tan quemada que la camisa le resulta un suplicio; a veces va al teatro y se sale al primer acto, porque se aburre.

Así vive Jacobó Nazaré.

Nosotros nos apoyamos en el escritorio y le decimos:

—Definamos la novela, Jacobó.

Nos mira algo divertido, tal vez un poco extrañado. Pero luego empieza a hablar lentamente, mirando con fijeza a los ojos.

—La novela—dice,—es una narración de más de 20 mil palabras. La novela moderna la ha escrito Dostoyewsky, y... Nietzsche, precursor de Freud y los psicoanalistas, sobre quienes dos y cuya obra no cabe hacer definiciones.

Después ha habido sólo diversos procedimientos, como los de James Joyce, Proust y Schnitzler.

—¿Y el nacionalismo? ¿Qué piensa Ud?

El nacionalismo es una insolencia en la literatura o una suprema ingenuidad. Una narración de más de 20 mil palabras, nacionalista, sería sólo una curiosidad, una excentricidad, como lo sería una orquesta sinfónica de trutucas.

Existe la materia y la forma fuera del hombre, susceptible de incorporarse a éste simultáneamente, en varias latitudes. El que se esfuerce por materializar lo que cree sus ideas, en cuanto a chileno o sudamericano, está atentando contra leyes de voluntad superior, en donde se ha olvidado dividir la creación que pasa por el hombre, en chilena, peruana o francesa. Recuerdo haber escrito un poema extravagantísimo el año 16 y haberlo visto en alemán, doce años más tarde, como producción de un poeta alemán del año 16. Seguramente por esos mismos instantes se escribieron iguales poemas alrededor del mundo ¿por voluntad de quién?

Cuando ya habíamos abandonado la idea de escribir una narración del cual forma y de tal fondo, cae en nuestras manos la obra reciente de un autor extranjero, donde viene realizada totalmente nuestra aspiración. ¿La obra estaba materializada en el éter?

Jacobó nos mira a los ojos. es-



jacobó nazaré

perando tal vez nuestra respuesta. Nosotros le preguntamos a nuestra vez:

—Y del americanismo, ¿Qué piensa?

—Si el mundo fuese América, todos los escritores serían americanistas.

Las narraciones de más de 20 mil palabras se prueban químicamente, intentando con ellas una traducción. Si es mucho el ripio que sobra en la criba, podrá haber en ella mucho nacionalismo o americanismo; de lo contrario es posible que no tenga méritos locales, y sea una creación tomada del éter en estado de materializarse: una obra de arte.

En Chile, es corriente intentar el nacionalismo, haciendo hablar a los personajes, según se les ha oído alguna que otra vez en el campo o en las faenas mineras. Esto, desde luego, requeriría un poder de imitación, cuyo grado de perfección consistiría en una versión taquígráfica, o más propiamente, en una transmisión de micrófonos. Me imagino una narración perfecta de la vida de conventillo, hasta con las cerotes de esperma adheridos a las páginas vividas; es tan grosera la imitación que se pretende por fidedigna, que habría que materializarlo todo, a fin de recuperar el ritmo de vida que se ha perdido a las primeras líneas o después de la primera intención.

Nuestro ambiente campesino, narrado, debería rellenarse con materia del meollo o con descripciones del paisaje. Los pensamientos, las pasiones y la palabra del cam-

pesino chileno son muy lentos. No obstante, en las narraciones aparecen verdaderas coterras apasionadas, leales a la moral y al pensamiento. Yo, que soy un huaso, porque tengo la peculiaridad de la gente del campo, de hablar poco, me pongo a disposición de un novelista para que haga de mí una narración nacionalista. Será inútil que me haga hablar más de diez frases, al día. Pasará un año antes de que sepa muy poco de lo que hago diariamente; espontáneamente no se lo diré, y si me fuerza decirlo, obtendría de mí la confidencia de ese 50 ojo de mentiras que constituyen mi verdad latente. Para novelar, tendrá que inventar alrededor de mi vida y de mi personalidad lo cual, si quiere, podrá hacerlo en cuanto a escritor nacionalista!

Por el contrario, si se toma lo que, yo o el huaso, tenemos del ritmo universal a pesar de nuestro multiverso objetivo, podrá el novelista hacer una excelente narración hasta de más de 500 mil palabras. Lo difícil no es, pues, encontrar al chileno más o menos novelable, sino al novelista que sepa dar con la novela que está hecha y que a cada instante pasa delante de su espíritu.

—Hablemos ahora de poesía, Jacobó.

—La poesía—dice Jacobó,— ha precedido al ritmo. Esta no es época de poesía, eso sí, de ritmo.

Ignoro si los Jacobó Nazaré de dieciocho años sienten actualmente algún placer leyendo versos. Yo

lo sentí en contadas ocasiones; hoy me son algo detestable; jamás me parece que tengan algún punto de contacto con la producción intelectual. No puedo imaginarme sin repulsión a un hombre inclinado sobre una mesa, haciendo versos.

No obstante, en los últimos años ha apuntado algo de ironía entre los cultivadores más extravagantes de la poesía, que son a la poesía lo que la luz rosa sobre las mejillas del moribundo: la hacen curiosa, nada más.

¿Y esos versos clásicos, anteclassicos, románticos y modernistas, que andan por ahí sueltos y suelen ocasionalmente producir su efectillo sentimental? Aquello dicen que era la poesía, como los huesos que hay en cierta caja en el Cuzco eran Francisco Pizarro.

—¿Qué libros suyos tiene por publicar?

"Sexo", narración de más de 20 mil palabras, en que se cuenta la humildad de llevar un sexo y el poder incontenible de considerarlo un objeto de la existencia. "Entre dos mujeres", narración más extensa, de un hombre sin amigos, sin poder, que es recogido por dos mujeres, para sí. Ambas son novelas extáticas. Una segunda edición de "Más de una mujer".

"Tres actos de pasión", comedia donde se estudia un carácter irreal. "Cuerpo", comedia en que se define un hombre delante del deseo y las ficciones espirituales de dos mujeres, y "Cuando era pequeño", poemas simples.

—¿Cuáles son sus autores predilectos?

Chesterton (¡aquél "Padre Brown!"), Soren Kierkegaard y Schnitzler.

—¿Qué piensa del ambiente literario chileno?

—Siempre he permanecido cer-

ca de los círculos literarios, sin que por ello pertenezca a ninguno; seguramente porque no he pasado jamás del año en ningún pueblo de Chile, salvo ahora que recién cumplí veinte meses en la capital, después de haber entrado y salido de ella por espacio de diez años. He colaborado una o dos veces cada año, cada vez que se inauguraban revistas literarias, como "Selva Lírica", "Pluma", "Vórtice" y "Dinamo".

Conozco toda la literatura nacional y creo que nuestros escritores son de los mejores de la lengua castellana, sin que por ello deje de lamentar que la literatura hispana esté en plena crisis. Baroja, Gómez de la Serena, Ortega, ya empiezan a sobrevivir a sus obras, como ocurrió ¡tan pronto! con Azorín y Pérez de Ayala. ¡Qué masas tipográficas más inútilmente densas! ¡Qué literatura más atolondrada y mortal! ¡Todos, unos sudorosos adelantados!

Lentamente, en silencio, el tiempo les va cubriendo sin esfuerzo. Pero... ¡ya! están sepultados, y no lo habíamos advertido.

Jacobó se calla, echa un cigarrillo a un lado y agrega:

—Debo decirlo que siempre he pensado que el ambiente literario chileno es lo más sano que existe en ambientes literarios, seguramente porque es extático.

Otras personas entran a la oficina. Alguien que habla de un viaje en avión, de una carrera de autos, de una nueva piscina. Jacobó queda escuchando atentamente a estas personas. Luego interviene en la charla. Habla poco, pero habla. Por eso digo que no es un hombre silencioso, sino un hombre callado. Un hombre callado que habla solamente cuando debe hablar.

S. R.

un hombre solo

Yo podría decirte la historia de mi vida, contada como un gran poema, junto a las canciones en la noche.

Solo, allá en el caserón provinciano, sabía que vendrías a mí, muchacha. Y te esperaba impaciente, con esa alegría muerta de los niños que esperan ya dormidos el beso de la buena abuelita.

Pero tú no llegabas.

No querías llegar a mi silencio, acaso porque era demasiado muchacho, o porque todavía no iba a saber decirte las frases junto a mi niñez.

Y he ahí, entonces, que recorría los patios y los corredores de la casa, despacio, buscándote por todos los rincones.

El cielo de provincia se entreteñía como una maravillosa cortina de palabras.

Yo iba agachado subiendo las escaleras hasta el último piso de mi casa.

Recuerdo, mujer, que muchas veces me quedé conociendo las estrellas por entre los barrotes de una ventanilla. Así permanecía durante horas y horas en perpetuo abismamiento. Mi sangre latía y caminaba adentro de mis venas, como los trenes en la noche.

Y te esperaba.

Te esperaba con los dedos crispados, agarrándome a los barrotes helados y mohosos.

Entonces, cansado de mi celda, miedoso de quedarme callado para toda la vida, detrás de los travesaños, entre la baranda de la escalera y la ventana a oscuras, me creía un pájaro dentro de una jaula y me ponía a cantar a pleno pulmón en la alta noche.

... allá, bien al norte, en el pueblo que se ha ido borrando de mis ojos, como un hombre parado en el anochecer.

benjamin morgado

fragmentos de "napoleón"

por emil ludwig

EN SANTA ELENA

Nunca Napoleón se evadía más fácilmente a sus preocupaciones, jamás era tan feliz, podría decirse, como cuando asistía, sólo en un palco, a una tragedia.

El sentimiento de lo trágico le era familiar y respondía a su soledad interior; rescate, por así decirlo, de su orgullo. "No existen la felicidad ni la desgracia—decía;—la vida de un hombre feliz es como un cuadro cuyo fondo fuese de plata con estrellas negras; y, la de un hombre desgraciado, un cuadro con fondo negro y estrellas de plata". Pero estas comparaciones son menos conmovedoras que ciertas conversaciones de su vida cotidiana:

"¿No ve usted, Caulaincourt, lo que sucede aquí? Los hombres a quienes he colmado de dones quieren gozar, en vez de seguir batiéndose. No comprenden, miseros razonadores, que es preciso seguir batiéndose para conquistar el reposo a que aspiran. ¿Y yo, acaso no tengo también un palacio, una mujer, un hijo? ¿Y es que, por eso, dejo de arruinar mi cuerpo en todo género de fatigas? ¿Acaso no arrojo a diario mi vida en holocausto a la patria?"

Pero lo que él llamaba su patria era su obra. Una nota humana, dulcemente quejumbrosa, impregnada de una suprema ironía, se escapó un día del pecho del cautivo: "Todo ese tiempo he llevado el mundo sobre mis hombros; oficio, después de todo, bastante cansado..."

CAPITULO 14

Bajo la influencia del ocio y del hastío, bajo la acción corrosiva de tanta miseria cotidiana, grande y pequeña, la armonía de esta alma se rompe, y las discordancias se hacen más agudas.

¡El ha sido Emperador! ¿Cómo dejar de representar el papel a que le obliga la presencia de media docena de cortesanos y la burla denigrante del enemigo? Para protestar contra el título de "general" y la ilegalidad de su detención, Napoleón no sale, los primeros días, sino con su gran tren imperial, en una carroza tirada por seis caballos y conducida por postillones. Su comitiva sólo se presenta ante él en uniforme o traje de corte; nadie le dirige la palabra antes de que él haya hablado; en el jardín no se le puede aproximar sino aquel a quien haya invitado con un signo; los visitantes son anunciados por el gran mariscal, espada al cinto. Cuando Gourgaud, a la entrada de la Condesa de Montholon, se pone en pie, el Emperador reprueba esta falta de etiqueta; pero, un instante después, él mismo bromea sobre el particular, llama riendo a Gourgaud "mi gran caballero", o grita en la mesa: "He sido unido por el Papa, luego soy obispo y puedo ordenar de sacerdotado a cualquiera de vosotros". Un día que da broma a sus compañeros, diciendo que sus nombres deberían figurar en el "Diccionario de veletas" que justamente hojea, Gourgaud se atreve a decir que también él podría figurar a igual título. "¿Eh? ¿Cómo es eso?"

"—Porque Vuestra Majestad consagró la República, Síre, y ejerció la realeza.

"—Tiene usted razón; pero, en fin, la mejor República es todavía el Imperio".

El día de la Epifanía, manda hacer un pastel para los niños y corona rey al pequeño Napoleón Bertrand. Cuando le cuentan que carne es muy cara en la isla, costando cuarenta sueldos, dice riendo: "¡Caramba! ¡Ustedes habrían debido contestar que a nosotros nos cuesta una corona!"

El Emperador debía acabar de aprender el dominio de sí mismo en Santa Elena. Cuando el gobernador, en respuesta a las reclamaciones de Bertrand, declara "ignorar que haya actualmente un emperador en esta isla", Napoleón permanece impassible. Y cuando Gourgaud, al que pide su caballo, le replica brutalmente que el herrero reclama dos luses de oro antes de hacer el trabajo, el Emperador no pestañea; pero, al día siguiente dice a Gourgaud con

tono irritado: "¿Por qué me ocasionó usted la vergüenza de hablarme de la cuenta del herrero?" El día antes, con un esfuerzo sobrehumano, el Emperador había contenido su cólera; pero hoy, el sufrimiento de las horas que han mediado ha quebrantado su orgullo. La inconveniencia de su ayuda de campo parece haberlo herido tanto como antaño lo hiciera la defección de Austria.

La sed de venganza debía torturar a aquel soldado, meridional de añadidura. No obstante, cuando sirven a su mesa carne incomible, se contenta con decir: "Sufriría poco con estas cosas si supiese que un día alguien dará a conocer al mundo las humillaciones que hemos sufrido, cubriendo así de oprobio a los culpables".

En esta época de su vida, Napoleón alcanza una elevación moral que le permite vencer la rebelión de todo su ser: "Vivo aquí como bajo un peso que me agobia, pero no me aplasta. Resignarse, es reconocer la verdadera soberanía de la razón, el verdadero triunfo del alma".

He aquí los pensamientos ante los cuales el dominador logra doblegar ahora su espíritu. "También la desgracia tiene su parte buena; nos enseña ciertas verdades. Realmente, hasta ahora no me había sido dado examinar las cosas como un filósofo".

Por primera vez Napoleón contempla el presente con serenidad. Al comienzo de su estancia en Santa Elena, paseando un día con una joven inglesa y departiendo en su compañía de un sin fin de cosas, de la mala influencia del clima sobre la tez, de Ossian, de las plantaciones, se les atravesaron en el camino unos esclavos negros, cargados con grandes fardos. "¡Fuera de aquí! ¡Largo!", les gritó duramente la inglesa. "¡Respeto al fardo, señora!", observó entonces, dulcemente, el Emperador.

Confusión de la joven. Pero el mismo Napoleón Bonaparte no habría sido tan considerado en los días anteriores a Santa Elena.

Salvo los raros momentos en que, a causa de Lowe, juega aún al Emperador, procura alcanzar ahora una sencillez mayor aún que en los tiempos más pobres de su juventud. Sin casi nada que comer durante varios días seguidos, y habiendo tenido que contentarse con judías, las acoge con entusiasmo y hace su elogio a la par que el del cocinero.

"Yo viviría muy bien en Francia con doce francos diarios: comida, franco y medio; y un luis al mes por una habitación. Durante el día, bibliotecas públicas; y, por la noche, al teatro, a una localidad barata. ¡Ah!, eso sí, necesitaría un criado... Me divertiría mucho frecuentando a lo sumo a personas de mi posición. Al fin y al cabo, todos los hombres tienen la misma dosis de felicidad. Desde luego, yo no nací para ser lo que soy. Y tan feliz habría sido de Monsieur Bonaparte como de Emperador Napoleón. Todo es relativo".

Un día, de repente, su médico sufre un desvanecimiento. Al volver en sí, encuentra a su lado, no a un criado, sino al mismo Emperador, que lo ha llevado a su lecho, ha desabrochado su camisa y le ha hecho respirar vinagre. Cuando se entera de que Cipriani, su ayuda de cámara, se halla moribundo, el Emperador pregunta al médico si su visita le haría algún bien.

"—Es de temer que la emoción del momento apresurase su muerte.

"—En ese caso, debo renunciar a verle".

Napoleón instituye una caja en el juego de reversino. ¿Con qué objeto? Pues, simplemente, para rescatar con sus fondos a la esclava más guapa de la isla. Una tarde sus familiares le encuentran junto a la lámpara, cosiendo con gran cuidado las hojas de un manuscrito.

A veces, sin embargo, sus sueños se despiertan y aletean contra los barrotes de la jaula: "Quisiera—dice de pronto, sin transición alguna— que me transportasen a una isla desierta, a la que llevaría 2.000 personas escogidas por mí, fusiles, cañones. Fundaría allí

una colonia maravillosa y terminaría con toda felicidad mi vida en aquella isla modelo. Allí no necesitaría combatir de continuo contra ideas rancias". E, inmediatamente, calcula cuánto dinero y qué cantidad de provisiones necesitaría una empresa semejante.

Fantasías de un genio creador obligado a la inacción. Pero, al lado de estos caprichos de la imaginación, encontramos en él gestos de una bella y noble sencillez. En los primeros tiempos de su cautiverio, sale una mañana con Las Cases: "Llegados a un campo en el que trabajaban unos colonos, el Emperador bajó de su caballo, que yo me encargué de guardar, cogió el arado, con gran sorpresa del que lo conducía, y trazó por sí mismo un surco de gran longitud; todo esto con singular rapidez y sin más palabras entre nosotros que para decirme, al irnos, que diese un napoleón al labriego. Una vez de nuevo a caballo, continuó sin rumbo fijo su paseo".

¡Sublime momento! Con un movimiento digno de los héroes de Homero, Napoleón coge el arado y traza un hermoso surco, bien recto, dando así a aquella parcela de tierra perdida en medio del Océano la bendición del genio. El campesino, asombrado, contempla la efigie del Emperador grabada en la moneda, sus nietos la contemplarán a su vez y conocerán así al Extranjero de las manos finas que un día arrancó el arado de las manos callosas de su abuelo.

CAPITULO 20

Sobre la mesa del gabinete de trabajo, a la luz cruda del medio-

día, abierto en cruz, yace el cuerpo desnudo de Napoleón. Cinco médicos ingleses, tres oficiales ingleses y los tres franceses, rodean la mesa. El médico corso, que lleva a cabo la autopsia, ofrece el hígado del Emperador al examen de los otros y desenvuelve su demostración como si se hallara ante un público de estudiantes, en la clase de disección. Una parte del estómago se halla, por decirlo así, destruída, y presenta adherencias al hígado. ¿Qué prueba esto, señores? Pues que el clima de Santa Elena ha agravado la enfermedad gástrica del Emperador y sido causa de su muerte prematura.

El asunto se pone a votación: Inglaterra contra Francia. La mayoría declara sana la viscera, mientras el médico corso pasa ostensiblemente su dedo a través de la pared perforada del estómago. Y se levanta acta de la autopsia.

Ante el cuerpo embalsamado, recubierto con la capa bordada en oro de Marengo, toda la guardación, por su propia iniciativa, desfila. Todos los que vieron el cuerpo atestiguan el sosiego y la serenidad de sus facciones. Misteriosamente, su rostro, que, desde la coronación propendiera a asumir la robusta madurez de los césares romanos, ha recobrado ahora la línea cenecia y delicada de la juventud.

Las autoridades británicas rehusaron el traslado del cuerpo a Europa. La fosa fué abierta en un valle cerrado, junto a una fuente sombreada por dos sauces. Se le concedieron honores de general inglés, y tres modestas salvas saludaron sus despojos, mientras on-

deaban al viento las banderas inglesas, con los nombres de las victorias alcanzadas por el ejército británico en España. El gobernador presidió la ceremonia, y declaró haber perdonado al Emperador.

Seis losas, procedentes de una plataforma de artillería, cerraron la sepultura. Una séptima losa debía de servir de estela; pero, como no pudo encontrarse de momento, se la reemplazó con tres azulejos de la cocina de una casa en construcción. El gobernador no quiso permitir que se grabara sobre la tumba el nombre de Napoleón sin que fuera seguido del apellido Bonaparte. En vista de ello, la tumba quedó sin inscripción. Los muebles de Longwood fueron vendidos en pública subasta; la casa fué comprada por un colono, que la transformó en molino; las dos habitaciones en que había vivido el Emperador durante seis años volvieron a ser lo que antes fueran: un establo y una pocilga.

El único honor que le rindió Inglaterra fué el de colocar un centinela junto a su tumba. Centinela que había de montar la guardia durante diecinueve años, hasta el traslado de las cenizas a París.

Después de su entierro, todos los que le habían acompañado embarcaron para Europa.

El gobernador se vió públicamente dado de latigazos en una calle de Londres por un hijo de Las Cases. Obligado a huir, murió en la más absoluta obscuridad. El ministro omnipotente (1), responsable principal del trato infligido a Napoleón, se abre las venas en un acceso de melancolía. Y, con un brusco cambio de la opinión pública, toda Inglaterra ataca su bárbara política contra el gran desterrado.

El doctor corso se dirige a Italia. Luciano se niega a recibirle. En Parma, María Luisa le cierra igualmente su puerta, pero él consigue verla en su palco del teatro. En cambio, Letizia Bonaparte le recibe en su palacio de Roma, y durante tres días le retiene y le abre preguntas. Antommarchi le entrega la lamparilla de plata, y se embarca al fin para Córcega. Y Letizia permanece sentada junto al hogar, llorando el triste destino de su hijo segundo, Napoleón.

Quince años vivirá aún, sobreviviendo a Elisa, a Paulina, que muere con un espejo en la mano, a varios de sus nietos y a tres Papas. Está medio parálitica y completamente ciega. Pero se pasa los días sentada frente al busto de su hijo, siempre erguida, absorta en su dolor tranquilo.

Como una reina, recibe en su palacio a todos los que han permanecido fieles al Emperador. Sus criados son las últimas persona en Europa que ostentan sus colores; su carroza es la última en llevar sus armas. De tarde en tarde le llegan noticias de Viena acerca de su nieto, pero a éste no le permiten verla. Por otra parte, el ex Rey de Roma muere a los 21 años. María Luisa se lo escribe, pero ella no contesta a su carta. Por último, le conceden el permiso de volver a Francia, pero ella lo rechaza, porque no otorgan el mismo derecho a sus hijos.

A los nueve años de la muerte del Emperador, la dinastía de los Borbones es derribada, y los Orleans suben al trono. El nuevo Rey, sabiendo la fuerza que conservan los bonapartistas, manda volver a colocar sobre la columna Vendôme la estatua de Napoleón, arrancada quince años antes. Al oír esta noticia, que le trae Jerónimo, la vieja Letizia, desde hace tiempo postrada en cama, recobra súbitamente las fuerzas y consigue abandonar aquélla. Por vez primera, después de un largo paréntesis, entra en el salón donde se hallan reunidos los suvos, sus ojos sin vista se vuelven hacia el lugar donde sabe que está el busto, y dice con voz apagada:

"¡El Emperador se halla de nuevo en París!"

p o e m a s

ENVIO PARA "LETRAS"

I

¡Ven, bésame!...
qué importa que algo oscuro
me esté royendo el alma,
con sus dientes?

Yo soy tuya y tú eres mío... bésame!...
No lloro hoy... Me ahoga la alegría,
una extraña alegría
que yo no sé de dónde viene.

Tú eres mío... ¿Tú eres mío?...
Una puerta de hielo
hay entre tú y yo:
¡tú pensamiento!

Eso que te golpea en el cerebro
y cuyo martillar
me escapa...

Ven, bésame... ¿Qué importa?...
Te llamó el corazón toda la noche,
y ahora que estás tú, tu carne y tu alma
que he de fijarme en lo que has hecho ayer... ¡Qué importa!

Vén, bésame... tus labios,
tus ojos y tus manos...
Luego... nada
¿Y tu alma? ¡Y tu alma!

II

Madre
¿con cuántas lágrimas me forjaste?

He tenido tantas veces
la actitud de los árboles suicidas
en los caminos polvorientos y solos.

Secretamente sin que lo sepas
debe dolerte todo
por haberme hecho así, sin una dulzura
para mis ácidos dolores.

Yo no conozco la alegría,
carroussel de nifnez que no he soñado nunca.

¡Ah! y sin embargo,
amo de tal manera la alegría,
como amarán las amargas plantas
un fruto dulce.

Madre
receptora alerta
hoy no respondas por qué te ahogaría,
hoy no respondas a mi llanto
casi sin lágrimas.

Hundo mi angustia en mí para mirar
la rama izquierda de mi vida.

Que no haya puesto sino amor
al amasar el corazón de hi hija.

Quisiera defenderla de mi misma
como de una fiera
de estos ojos delatores
de esta voz desgarrada
donde el insomnio hace cavernas

y para ella ser alegre, ingenua, niña,
cómo si todas las campanas de la alegría
sonaran en mi corazón su pascua eterna.

m a g d a p o r t a l

(1) Lord Castlereagh. (Nota del trad.)

o. g a r c í a m a r t í y la emoción del momento

p o r a r t u r o p i g a

Para muchos lectores de la España vanguardista sea quizá completamente desconocido, el nombre de uno de sus más destacados representantes actuales: V. García Martí. Para descubrirlo, no obstante, no se requiere sino leer "La emoción del momento", obra aparecida últimamente en Madrid y que—no tememos equivocarnos,—está llamada a sacudir con extraordinaria intensidad el espíritu de todos los ibero-americanos.

El libro, ciertamente, no es original. Procede en línea directa de los filósofos de mayor fuste, tanto franceses como alemanes, quienes han reivindicado, en los últimos tiempos, algunos valores irracionales para la total comprensión de la vida y del espíritu. Reconoce, además, naturales influencias de Ortega y Gasset, en España, y de Keyserling y Spengler, en Alemania.

Sin embargo, por la precisión y claridad de las ideas, por la naturalidad y fuerza de las aseveraciones, en una palabra, por la brillantez atrayente de su estilo, la obra de García Martí incuestionablemente posee un valor absoluto entre sus congéneres, tanto precedentes como actuales.

Se propone nuestro autor, en líneas generales, agudizar la conciencia de los intelectuales modernos, y tanjarlos, por medio de la estimulación redobladamente apasionada a la conquista de sus derechos inalienables y que, en rigor, involucran el destino y la síntesis de la época.

Siempre, por lo demás, los grandes momentos de evolución y crisis en la historia han sido preparados por individuos vueltos hacia sí mismos, disconformes con la época y, más que técnicos o profesionales del pensamiento oficial, "inclinados a los territorios cálidos de la vida interior, descubridores eternos de las fuentes íntimas de la vida humana".

¿Cuál es, en verdad, la posición que asume García Martí frente al problema total de la vida moderna, al asignar a los intelectuales el papel preponderante? La solución se encuentra justamente en la primera parte de su libro—a nuestro entender la más valiosa e interesante—rubricada "caracteres generales", en cuyo contenido croquisa el ritmo de nuestra época y adelanta cuál debe ser la textura espiritual y ética del verdadero conductor o jefe.

Es la fórmula invariable propagada desde ya hace algún tiempo por pensadores y políticos eminentes: vivimos una época "de honda renovación, donde se gestan y elaboran nuevas normas que puedan señalar rumbos históricos". ¿Cuál es el camino que debemos seguir?, y, todavía, lo más inquietante, ¿por qué es cabalmente nuestro siglo, un estadio de reversión y crisis, análogo al período de las postrimerías medioevales o al correspondiente a los últimos decenios de la descomposición moral del imperio fundado por Augusto? Nuestro autor trata de justificar lo uno y probar lo otro.

Más de una vez nos ha asaltado la duda a propósito de este postulado admitido por todo el mundo, a veces sin el más mínimo comentario o actitud de análisis reflexivo. Se pregona a los cuatro vientos que la sociedad actual—y con ella su cultura por cierto—se halla en franca crisis; que todo cuanto se erigió como valor espiritual—intelectivo, ético, estético, religioso, etc.—a fines del siglo pasado y aún poco antes de la última guerra, no resiste hoy por hoy la crítica, y en consecuencia, debe ser abandonado para colocar en su lugar, en cambio, nuevos criterios y postulados más en armonía con la época y las necesidades vitales del momento.



El más reciente retrato de Paul Morand.

En términos absolutos, incuestionablemente nadie puede negar el cambio que va experimentando el espíritu del hombre, acuciado por el progreso. Basta para patentizarlo practicar dos cortes profundos en épocas separadas, no digamos por siglos, sino solamente por algunos años. Si algo podemos asegurar de la naturaleza humana como lo ha dejado establecido en lenguaje de bronce Oscar Wilde, es su mudanza continua, inevitable, eterna. De aquí que el fenómeno progreso, al parecer misterioso e inexplicable, no sea en último análisis sino la acumulación de sedimentos emanados de esa variabilidad sui generis y sustantiva de la naturaleza humana.

En ciertas épocas el ritmo se hace casi imperceptible; diremos mejor, pasa casi inadvertido por todos aquellos que observan las instituciones humanas con la lupa de la superficialidad. Olvidan que por dentro, entre "cuero y carne" se está incubando fatalmente un nuevo espíritu, una radical valorización de su contenido, y que llegado a un cierto punto de condensación se hacen inevitables su volumen y su dominio.

Aquí estalla la alarma. Todos comentan el fenómeno, el trastorno y sus consecuencias, la brusca variación de las instituciones, individuos e ideas que sustentan o sirven de apoyo.

Se pregonan así la aceleración del ritmo, la crisis, la renovación de valores, la actitud revolucionaria frente a la posición tradicional, el caos inminente y la requerencia de renacimientos a una mejor vida.

Precisamente hoy—como lo demuestra García Martí, vivimos un minuto élgido de ritmo hiperacelerado. Parece como si se hubiesen roto los diques que sostenían robustamente la eclosión vital del progreso, diques representados, en parte, por la ciencia oficial cadaverizada en libros y en fórmulas, en parte, por una filosofía y una estética creídas insuperables por la resistencia de un sólido dogmatismo robustecido con el alimento abundante de la tradición.

Hoy, afortunadamente, ya no puede sostenerse la perennidad de todo valor creado por el hombre. Es su esencia y su destino perecer, al menos, en cuanto orientación de un impulso determinado, o línea de conducta definida. Si lo absoluto nos parece tal, es sin duda por la infinitud que de él nos separa. A nuestro alcance, en el campo de la investigación o intuición sensible, lo resolveríamos, sin duda, en el marco de las relaciones.

En la obra de García Martí, tal punto de vista aparece claramente corroborado. En la fuerza de su convicción, llega a sostener que "la inseguridad de las fórmulas todas, sobre lo que pudiera asentarse la vida social y la crisis de valoraciones históricas, colocan a la conciencia contemporánea en un estado de máxima desorientación y en una de las situaciones más dramáticas que pueda imaginarse". Más adelante, precisando el verdadero sentido de la crisis, agrega: "la inteligencia está advertida de su deber de empuñar el timón; pero, ¿hacia dónde marcar los derroteros? Sin duda, se había otorgado excesiva confianza a los poderes de la razón, creyendo al hombre dueño de sus destinos; pero no sólo ella tiene límites en sus posibilidades, sino que no puede, además, accionar sola sin la vida sin un constante compromiso de transacción con ésta, y la vida en sí misma es muy poco racional...".

Aquí descubrimos medularmente la filosofía de García Martí, que no difiere, por cierto, del pensamiento contemporáneo representado por Bergson, Max Sheller, Meser Spengler y otros. El siglo XIX confió ingenuamente en la razón, en sus productos sistematizados, en sus fórmulas, sus teoremas y sus previsiones. La rigidez no es la vida; cabalmente es su ruina y la muerte. La vida no puede esperar a que el pensamiento elabore sus sistemas: ella marcha sin cansancio y, en momentos como el presente, con ritmo acelerado, dejando el pensamiento atrás en el inmenso dolor de su fracaso, ensayando sistemas y normas devoradas en la práctica apenas nacidas".

Para García Martí dos son las exigencias de nuestra época: las

normas claras o sistemas perfectos de la inteligencia y los arrebatos místicos de la gran masa. Entretanto, nos balanceamos entre dos alternativas antitéticas y de negación radical: autoridad y libertad, nacionalismo e internacionalismo; brutalidad y espíritu. Con aguda visión de la época, no pasa inadvertido ante los ojos del autor el dominio exagerado de la técnica, con su inevitable impulso hacia el dominio del mundo exterior. Al tecnificarse el hombre, pierde su verdadera esencia, no tanto por la función que desempeña—en sentido profundo y profesionalmente da lo mismo ser médico o leñador—sino por las virtudes que pierde. El nombre de nuestros días, cogido por la máquina, se ha confundido con ella, llegando a ser una de las tantas ruedecillas engranadas en el conjunto. Su labor diaria de escalofriante precisión anula en él cuanto constituye el eterno mantel de la existencia. Y en el científico moderno se presenta, en rigor, el mismo problema: "apoyarse en cualquier dirección unilateral y exclusiva del espíritu o de la materia es igualmente política infecunda". A tal tipo, representante genuino de la ciencia moderna—salvo, por cierto, los casos de auténtica genialidad—verdadero profesional de la investigación, García Martí lo llama agudamente cazador de verdades objetivas y abstractas. Realmente nunca nos cansaremos de decir con el autor de "Emoción del momento": es necesario volver a la vida, respetarla en su sustantividad, que es actitud integral y sintética, vivificar la técnica moderna, evitando que su mortaja cubra de ruina y muerte el espíritu fecundo del hombre sencillo y natural, y con no menos urgencia y legitimidad, estimular al sabio unilateralizado, cazador de verdades abstractas y objetivas, creador en línea recta de todo el progreso técnico contemporáneo, en la direc-

ción de una vida plena y abundante en posibilidades.

¿Qué estará reservado a esta generación del deporte y de la disciplina de los nervios y las pasiones?, se pregunta más adelante García Martí. Su contestación en este sentido no puede ser más peyorativa y profunda—casi lapidaria, podríamos agregar. ¡Horrible tragedia! Multiplíquense cuanto quieran los campos de juego, el espíritu continuará viejo, irremisiblemente anquilosado y ruinoso.

El deporte es un remozamiento puramente externo, que pretende utilizarse como instrumento para desarrollar la capacidad de iniciativa. En realidad, lo único que se persigue es adiestrar los músculos, mientras el espíritu continúa por dentro tan vacío e inactivo como siempre. Triste es, sin duda, la condición de nuestra juventud cuando se educa en un ambiente deportista creado artificialmente. Resulta de todo ello una grotesca mascarada, un grave peligro para la educación que, en vez de procurar el cultivo intensivo de las fuerzas íntimas de los individuos, lo único que logra es hacer de la vida una farsa, un juego que no se toma en serio a sí mismo.

¿Podrán, pues, esa gente del deporte y del fútbol, hacer frente a los problemas actuales?, termina preguntándose el autor hispano. Mucho tememos nosotros con él que la respuesta sea inexorablemente negativa. Y con esto volvemos al punto de partida. "La vida está preñada de sentidos que tienden a ennoblecerla, y aunque lo primero sea vivir, hay una serie de finalidades a realizar... Todos los grandes momentos de evolución, de cambios fundamentales en la historia, fueron precedidos por los intelectuales, porque el intelectual no es precisamente el hombre especializado, sino algo más. Es el pensamiento enraizado y orientado hacia la vida toda, teñida del color de humanidad".

Sin duda, García Martí está centralmente en la razón cuando confía en los intelectuales modernos. Al igual que los sofistas en Grecia o los humanistas del renacimiento, tendrán que rescatar al hombre de la esclavitud moral o política e incorporarlo a un ambiente de libertad que lo reclama para su mayor dignificación y eficiencia. ¡Lástima grande es, por cierto, que nuestros intelectuales modernos—en Europa como en América—se inclinen a menudo al escepticismo y a la inercia! Es de temer por eso que sean arrollados por audaces que nada o muy poco poseen de esa rara virtud de comprensión, mientras se imponen con mayor fuerza la petulancia del ignorante, la arbitrariedad del temerario o la inconsciencia del musculoso. Las últimas páginas de la primera parte, por muy hermosas que sean, no logran disipar algunos presagios sombríos. Y a su interrogación ¿Qué lograrán los intelectuales?, nos sentimos tentados a lanzar esta otra: ¿Qué lograrán en lucha contra los elementos y en defensa del espíritu? Sólo un milagro podría salvarnos. Y es precisamente ese milagro que García Martí, trasmutado en auténtico apóstol, espera para "consumar la obra divina de la redención del hombre".

A. P.

La obra que más se ha vendido en Chile

Casi todos la han leído ya

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Por E. M. Remarque

Precio \$ 6.00

¿UD. NO? PIDALA A:

librería **SALVAT**
Barcelona-Santiago

Casilla 2326
AGUSTINAS 1043
SANTIAGO

los nuevos

juvencio valle

Así como en el período modernista que circundó a la obra de Darío, los que escribían versos sin tener nada que decir, ajustaban la sonoridad vacía de sus estrofas con lugares comunes de jardines, melancolías, etc.; hoy los ultramodernos, que tampoco tienen una verdad poética a la cual dar vida, han creado una retórica que equivale a la modernista en su calidad de relleno y de hojarasca. Se han cambiado las palabras y los giros, pero hoy, en la poesía de avanzada, es indiscutible que existe una retórica tan socorrida como la que existió quince años atrás en pleno período modernista o simbolista.

Y es natural que así sea. En torno a los verdaderos poetas ha de alzarse siempre el grupo de los imitadores, de los que no tienen otra cosa sino un gesto vacío, una ambición pueril de recorrer un camino que no les pertenece. Es por esto que en medio de las tantas voces falsas que llenan la joven lírica chilena, nos complacemos en señalar a Juvencio Valle, hombre que "tiene algo que de-



juvencio valle

cir", que lleva en sí una llamarada espiritual capaz de poner en su poesía algo más que frases de brillante exterioridad.

Es muy joven; vive en el Sur; habita un molino en pleno campo cerca de Nueva Imperial. Recorre los bosques bajo los rápidos cielos del verano, bajo las lluvias del Otoño, bajo las tempestades del invierno. No es sin embargo, Juvencio Valle uno de esos hombres de acción llenos de bizarría; es un personaje tranquilo, observador, para quien la vida de sus campos es cosa natural, sin literatura ni romance.

Y es por esto que al traslucir esas sensaciones a su poesía, las hallamos verdaderas, dignas y bellas.

Estamos seguros de que Juvencio Valle será uno de los que pondrá un acento nuevo y propio en la poesía de nuestro país.

A mediados del año pasado publicó en Nueva Imperial su primer libro de versos, "La Flauta del Hombre Pan", libro sencillo, libro de poeta.

Ahora último ha producido al-

gunos cuentos y nuevos versos, todo en una labor serena, rara de hallar en un hombre de sus pocos años.

No es Juvencio Valle, a pesar de su juventud, de esos poetas que buscan fáciles galanterías. Hay en su verso un dolor de hombre y la profunda inquietud de quien mira más allá del presente hacia el mundo secreto de las supremas realidades.

Yo creo que el camino de Valle está definiéndose en su verso y creo que él es capaz de seguirlo. Interpretar la naturaleza soberbia en medio de la cual ha vivido, pero interpretarla, no a través de fáciles sensaciones, sino en su profundo y sabio sentido de eternidad. He ahí lo que él puede hacer y donde puede dar su palabra propia.

Panteísta, con esa gota de romántico sin la cual no vive un poeta; estudioso, en el camino de una sólida cultura, Juvencio Valle está llamado a destacarse pronto dentro de nuestras letras.

S. R.

sudario azul in memoriam frutal

Amortajada de azul está mi vida,
Cuajó el otoño en mi pomar de sueños
y ya ruedan las hojas de mi anhelo
como lluvia de escamas amarillas.

Loco y viejo pomar caído en tregua,
tu propia plenitud paró la marcha;
y esta siesta de angustias otoñales
se prende a tu soñar como una zarpa.

Amortajada de azul está mi vida,
y en el opio enervante de la angustia
hasta el agua tan limpia de la tarde
tiene un abismo azul en la pupila.

Con rumor de otoño cayeron las alas.
Diez de la mañana sobre tu campana
y las cruces rotas rompieron el agua.

Crece la memoria sobre esa montaña.
Cántaro de greda, canción de guitarra.
¡Y ahora nos teje su nido la araña!

No sólo es morena la vida en la loma,
capullo de arcilla, rara porcelana.
El rouge de tu boca y el de la amapola.

El norte golpeaba con fuerza en tu mano
un túnel de sombras y un tren de misterios.
Y ahora es la noche sobre la mañana.

Molino de luces para el pan centeno.
Elenita Castro, cayeron las alas.
Los ojos del cielo, las cruces del agua.

Visión de árbol frutal. A mi destino
te ofrece miel y te prodiga aromas.
Yo, liquen de amor, trepo hacia arriba
loco en el ansia de morder su poma.

Mi vida ensaya su espiral de angustia.
Me hago esperanza sobre los caminos:
muero en el ansia de vaciar su copa
y hacerme nudo bajo su racimo.

Es venenosa su manzana rubia,
boca de sol que resplandece sangre.
Arde mi vida si en mi sed de fuego
hundo mis labios en la miel de su alma.

mariposa

La corola sangrante que apegada a mi boca
me vaciaba la gracia de su licor de guindas,
embriagada de mieles se volvió mariposa.

Como roja granada se desató el capullo
y surgieron las alas vivas como una llama,
desparramando polen sobre los surcos rubios.

Hoy, vagabunda y loca se va por los caminos,
como rosa de incendio navega sobre el viento
o se engarza en los ojos como un rayo de luna.

Pero en mis labios quedan temblando los despojos
de los estambres de oro: los encajes deshechos
de la túnica roja que la dejó desnuda.

espigá

Espiga morena, doblada y caída
en mi patio tibio como en una era,
después que el otoño te besó los ojos
y colmó de trigo tu mano ligera.

Pincelada clara sobre el horizonte
donde los ocasos te dieron su llama.
Te cimbran los vientos y florida caes
como una amapola bajo mi ventana.

¡Oh, gloria sin causa nacida en la loma
de abejas y las maravillas
así porque tienes panal en el cuerpo
y eres luminosa como las semillas.

Espiga morena, sencilla y fragante,
caída en la cimbra de mi patio amigo.
Tus senos henchidos en mieles y versos
dejan su triunfante floración de trigo.

página de verano

El viento de las flores amarillas,
Océano de oro en mi aeroplano vertiginoso,
en la madurez de mi vuelo redondo,
en el otoño de mis párpados bajos,
Rapé de Arabia de mis nervios movibles,
de peces sin agua, y bailando
en la cuerda de los meridianos.

Caen los estambres en las crines de los alazanes,
como el grano de trigo en los ojos de los felinos,
como los limones en las manos de los tuberculosos.
Aquí, la cabellera retorcida en los viñedos,
la de las hembras en siesta de humo.

Más allá del Cristo de las colinas,
en su esfuerzo invasor y más grande,
las mareas de la luna de enero.
Su incesante canción de miel de abejas,
su polen de espigas australes.

La playa.
La playa de las caracolas de marfil desmayadas,
de líneas como manzana,
de matices como llama de cirio.
La playa quebrada de espejos
y desnuda por un minuto hasta las rodillas.

convento capuchino de boroa

Vivo concurso de alas,
la carne de viejo barro herida en el puño de Nietzsche
renace en una turbulencia de golondrinas azules
y la frente líquida de laureles
troncha su ciprés de invierno
para la fiesta del convento campesino.

Kindergarten del ánimo florido,
somos mejores y sonreímos hacia los días sobrantes.
Dos veces las naranjas de oro del campanario
se han ido por la ondulación de las colinas
jugando en el cristal del Domingo de Ramos.

Torcazas tímidas, esbeltas, oscilantes de miel infinita
llegan y sus enaguas maduran las medias rosadas
si soplo mi flauta.
En el pecho traen su ramo de olivo.

Las mujeres recién casadas no andan,
avanzan dolientes de hermosos poemas
y ocultan la línea,
pero agrandan sus ojos benditos
y en ellos comulga la Virgen María.

El sol sin misa, un patio de liceo de niñas,
y la mirada encendida de los varones.

Y en el árbol luminoso del paraíso
una gotita de agua cristalina, canta en la garganta de
[un jilguero.

NOTAS MUSICALES

Arthur Rubinstein

Casi a continuación de Arrau, pisándole los talones, llegó el propio gran ejecutante que le discerniera el Gran Premio en Ginebra, Arthur Rubinstein, el notable polaco. Este "verdadero mago del teclado", como le llaman sus admiradores, vino este año quizá si más perfeccionado y más artista que en años anteriores. Rubinstein es la técnica, pero es también la llamarada íntima, la pasión, la violencia, el lirismo épico. Tal vez sea herencia racial, pero hay en el alma de este polaco un caudal de emoción, de fuerza, de caldeadad trepidación interior que casi inyecta creaciones en la letra de los grandes maestros. Chopin, por ejemplo, tocado por Rubinstein, es casi dos veces Chopin. Bien lo comprendió el público que atestó el Municipal como pocas veces se ha visto y que siguió con delirante atención, casi en un verdadero frenesí, las magistrales interpretaciones del maestro polaco. Rubinstein hizo maravillas con Chopin especialmente y también con Albeniz y Stravinsky. Basta recordar "Granada" y "Petrouchka".

Carlos Valderrama

Casi al mismo tiempo que

Arrau y Rubinstein, para su desgracia, arribó hasta nosotros este artista peruano, pianista y compositor, que goza de nombradía en su patria y en el Continente. Hasta en los Estados Unidos ha sido apreciada su labor de divulgación americana. Valderrama es particularmente interesante como compositor, o mejor dicho, como recopilador y resucitador del arte musical incásico y de las más viejas tradiciones de la música aymará. Mucho de riqueza folklórica y documental hay en la obra que realza Carlos Valderrama. Sensible es, no obstante, que el público no lo haya favorecido como merece.

Onofre Vidal Oltra

Este joven tenor chileno viene incluido en el elenco de la Temporada Oficial. Es un caso de estudio, de constancia, de fe en sí mismo. Durante siete años, Vidal Oltra batalló en Italia contra las dificultades de la técnica lírica y, en seguida, contra la dolorosa iniciación que les cabe a los extranjeros en la tierra del arte donde lo nacional es protegido hasta el extremo de boycotear al extranjero. Onofre Vidal Oltra cuenta con sólo veintisiete años, y ha cantado ya

en el Biondo de Nápoles, el Eliseo de Roma y ahora último, en el Teatro Real de Roma, primer teatro lírico de Italia, donde fué contratado para la temporada magna que auspicia el Premier Mussolini. Allí le cupo al tenor chileno triunfar en el estreno de la ópera "La Giara" de Alfredo Casella, desempeñando el rol principal. Posee, según dicen, una poderosa voz y se distingue por un timbre muy hermoso y una escuela perfecta y elegante. Veremos.

Los conciertos sinfónicos

El Departamento de Enseñanza Artística y Extensión Cultural, está desempeñando una labor prometidora de un espléndido porvenir para el arte nacional. Su activo director, Armando Donoso, está en todo y gracias a eso, pudieron ser una realidad estos conciertos sinfónicos que se han presentado en el Municipal con la orquesta de la Opera y bajo la dirección de Armando Carvajal. Nos ha cabido asistir a varios y oír la ejecución de grandes obras como Tristán e Isolda, y la Quinta Sinfonía. Wagner y Beethoven han sido interpretados con una verdadera corrección que acu-

sa todo un progreso ya que en otras ocasiones, especialmente Beethoven en su Quinta Sinfonía, han sido casi estropeados en Chile. En cada uno de los programas se ha intercalado, con suma inteligencia, música chilena y ya hemos visto a Soro y a Bisquert y grandes músicos como Leng y Allende, ser interpretados en pleno Municipal y con enorme entusiasmo del público. Las "Doloras" y las "Tonadas Campesinas" han cosechado los aplausos que merecen.

LA OPERA

La temporada oficial de este año está a cargo de una compañía contratada especialmente por el Gobierno en Italia. Muy buena idea. Se evitan las especulaciones de los empresarios y se difunde, rápidamente, el buen arte lírico. Un comisionado del Gobierno fué hasta allá y contrató una compañía buena, homogénea, equilibrada. Hay muchos nombres de gran prestigio: Titta Ruffo, Antonio Cortis, Giuseppina Cobelli, Florica Cristoforeanu, entre los cantantes; Giulio Falconi, Ferruccio Caluccio, entre los maestros. Vienen también artistas como Dino Borgioli, Gaetano Viviani, y las artistas Ebe Stigniani y Elvira

Casazza. Entre los chilenos se destacan los tenores Renato Zanelli y el joven tenor Onofre Vidal Oltra. En el repertorio— por fortuna— ya no se darán ni "Aída", ni "Il Trovatore" y, en cambio, —¡qué acierto!— se estrenará en Chile, por fin, "Tristán e Isolda" del coloso de Beyruth, dos obras de Ricardo Strauss, también estrenos, "Salome" y "El Caballero de la Rosa".

También figura, aún desaparecido, el melódico Puccini, con "Turandot". Hasta Franco Alfani, discípulo de Puccini, se hace presente con "Resurrección", obra inspirada en la novela de Tolstoy. También se volverán a poner en escena obras como "Hansel & Gretel" de Humperdick.

Parece, pues, que este año no le faltará a la Opera nada: ni artistas, ni maestros, ni repertorio, ni decorados. Hay, además, público. Los abonos están casi completos. Hasta habrá funciones populares. A nosotros, personalmente, no nos interesa gran cosa la ópera, pero no por eso podemos dejar de reconocer el esfuerzo que significa la Temporada Oficial de este año. Para los amantes de la ópera, este año será todo un regalo. Nos felicitamos.

A. M. B.

VERSOS DE MARTA BRUNET

Marta Brunet, la recia prosista en cuya obra el campo chileno refleja sus aspectos más emotivos, nos entrega estos versos de simpática novedad y muy dentro del sentido moderno de la poesía.

CARACOLA

Caracola de la canción única y varia.
Dicen las mareas:

Bajamar.

Canción con miriadas de estrellas estupefactas.
Un pez quiere tragarse la luna.
La luz de seda roja del faro
abanica la noche. Pausa.
Al amanecer las gaviotas pintan un kakemono.

Pleamar.

Canción de espuma blanca. Serpentinadas
de olas arrolladas al cuello de las rocas.
Los peces se han sacado las escamas
para abrillantar el mar. Una barca.
Un velero. Una vapora.

Las sirenas del puerto parten el mediodía.
Eco que no cambia, caracola siempre fija
en la misma playa,
caracola de la canción única y varia.

ESPERAR

Captadora de horizontes en la estancia
que no tiene horizontes. Para besarte
en la boca no necesito tu rostro.
Esperar.
Gota igual a otra gota
pasa el tiempo en minutos vacíos.
Alguna gota colmará la medida.
Esperar.
Los ojos ciegos ven mundos propios.
Estaciones. La gata se acicala el hocico.
Hay frío.

Hay calor.

Las atmósferas cantan.
Tu que soplas el viento no apagues mi farola.
Esperar.

MARTA BRUNET.

SU RECUERDO

Cinturón de neblina ciñéndome en una corola de humo
ella que abría un amanecer en las hojas espesas de la sombra
y crecía momentos maduros de eternidad
en los fallos trigales del tiempo:
una mirada llena de paisajes perdidos,
y a veces una alegría de niño en el agua.

Entonces: su imagen de llamas sumisas
asomada a los vitrales incoloros de los días,
y yo tendido a la orilla de sus ojos, bajo el canto
del viento entre los juncos de sus pestañas.

Y ahora: la ventana empañada del cielo de nubes
encerrándome en el cuarto vacío de mí mismo,
recordándola en mi brazo como un ramo de soles de invierno
o cuando se libertaba en una actitud ágil
de flor que suelta sus pétalos danzando
o el árbol de otoño sembrando monedas en el viento.

(Yo, que en las mañanas mordía la manzana de su nombre
y su palabra buena como estar bajo un árbol;
yo que también bebía como un licor de llamas
su expresión llena de polvo de silencio
cuando inclinaba su tristeza en un gesto de niño o de pájaro!)

Ah! Soledad sin paisaje, húmedos gusanos de angustia,
sujetando en los brazos el tajo de amargura
que curva como una espiga irremediable.

No ver ya nunca las jóvenes lunas de sus cejas,
alas tendidas sobre las lejanías de sus ojos,
ni las hojas mustias de sus manos, pañuelos de frescura
hoy mariposas deshechas u hojas calcinadas.

El corazón, un pédulo de plomo, nudo de gritos
retorciéndose debajo del Inmenso Silencio.

Y Todo Siempre Inmóvil.

¿Por qué no amanecer, muerto ahora
como un animal de cemento?

AUGUSTO SANTELICES.

H O R A D E A U G

Cuando me dispuse a contestar la carta con que Augusto D'Halmar me acusaba recibo de "Barco Ebrio", me encontré perplejo. ¿Cómo nombrarle? En el "Maestro" veía demasiada literatura de gabinete y en el "amigo", excesiva familiaridad. Había yo sufrido la tenaz desesperanza de "Nirvana"; allí había hallado la sensación viviente de una presencia de marino desencantado y errante (una errancia más allá de lo imposible); sentía fuertemente amarradas a mi corazón sus palabras de nostalgia, de renunciamento, y aquel grande amor por todo lo que el océano tiene de separación y de lejanía. Entonces empecé mi carta diciendo: Capitán.

Quizás alguno encuentre en esto más literatura de la que yo encontraba en el "Maestro", alguno que no haya sentido todo lo que D'Halmar tiene de profundamente, de desgarradoramente humano. Pero yo, ahora, después de cinco años, cuando ya la vida me ha acorralado mucho más contra mi mismo, sigo llamándole Capitán, como el único título digno de quien tan profundamente ha sentido el vértigo del océano y del tiempo, porque veo en él al Marino, entregado al mar, no en una admiración exterior y

PRIMER VIAJE

Fué en ese bar subterráneo que yo emprendí mis primeros viajes.

Era en el Valparaíso de la gente de mar, cerca de una plaza donde se convocaban los marineros sin contrata y donde venían a enrolarles los enganchadores, y Peter Petersen mismo era un antiguo marino noruego, en cuyo establecimiento se daban cita los capitanes retirados de la Marina mercante.

Yo tenía entonces quince años, y creo haber sido el más joven de los parroquianos, algo así como el grumete de a bordo. Frau Petersen, que con las mejillas doradas como sus cacerolas, por el fuego del hornillo, echaba de cuando en cuando un vistazo a la sala, desde su cocina de la trastienda, había expresado la opinión de que era triste ver un niño frecuentar esos sitios; pero el patrón, un tanto irónico, no desdenaba servirme en persona la gran chope de cerveza negra y me dejaba para ir a saborear su pipa en su mecedora, junto a la ventana.

Esas ventanas estaban colocadas casi a ras de la acera, porque para entrar al bar desde la calle se bajaba algunos tramos, y alzando las cortinillas encarrujadas no se veía sino el asfalto reluciente por el sol o por la lluvia y apenas las piernas de los transeúntes. Por eso master Petersen se había acostumbrado a distinguirlos por el calzado y no era raro oírle decir a su mujer: "Las botas de agua acaban de pasar con las botinas de charol"; o "Los zapatos claveteados vuelven ya del bajo puerto". Yo pienso que esas clasificaciones de zapatería le bastaban al fumador sedentario y que no sentía la necesidad de prestarle cuerpo ni cabeza a los pies, que, a grandes o pequeños pasos, recorrían delante de él el camino de la suerte. Sí, yo era un niño entonces y nadie podía suponer de qué tristeza de suerte, de qué incertidumbre de porvenir me escapaba las tardes de los Domingos para refugiarme en la taberna subterránea, ni qué viajes acometía en esa cueva dulcemente iluminada por una eterna penumbra. Con la cerveza amarga y obscura yo paladeaba la brisa de todos los mares; sangre salobre de marinos bullía en la frente que se apoyaba en mi mano, y ojos prematuramente nostálgicos abarcaban el recinto, desde la pesada mesa cargada de diarios escritos en caracteres góticos, hasta la lámpara del techo que al pasar el desmesurado Peter Petersen rozaba cada vez con la frente y cuya cadena seguía tintineando como impulsada por el balance de un barco, y hasta las oleografías que ornaban los muros y que cada una abría un horizonte a mi fantasía. Había, lo recuerdo bien, la Familia Real de Dinamarca, con el viejo Cristian a la cabeza; había un bosque de pinos con un trineo, y había sobre todo, frente al sitio que yo ocupaba, una inimaginable caza de focas en un paisaje polar, con esquimales vestidos de pieles y armados de arpones, y con una aurora boreal que me recordaba no sé qué ni cuándo. Después, en el curso de tantas expediciones, yo debía asistir a cacerías vivas de focas; pero ninguna me ha parecido tan real como la del cuadro de mi infancia. Así divagaba yo delante de mi gran bock de cerveza negra, sintiendo casi, no sé si por el humo picante que hacía la pipa del antiguo marino y que nos envolvía en neblina, un descorazonamiento de viajero, algo como un mareo y como una sensación anticipada de destierro. Y yo lo he sentido después, el destierro descorazonador de esa cosa inútil y cautivadora que se llama recorrer la tierra. A veces, otro viejo lobo de mar bajaba sacudiéndose, como si hubiese temporal arriba, y entonces, entre la cocina y los fumadores, se establecía una conversación en lengua escandinava, mientras yo me esforzaba por pasar inadvertido en mi rincón. Alguno de esos marinos me consideraba con severidad, o me examinaba con simpatía, y uno, una vez, me levantó la cabeza y me escrutó atentamente. "Tiene ojos de marino"—dijo volviéndose hacia los demás. Detrás de nosotros la voz de Frau Petersen, que entreabría la puerta de la cocina, pareció enviarnos una bocanada de aire caliente.

—¿En qué reconoce usted, capitán, los ojos de los marinos?

—En que son pequeños, y, sin embargo, ven grande—repuso el capitán yendo a sentarse con sus partenaires. Yo salía de allí muchas veces cuando el sol ya se había puesto, y volvía lentamente por los malecones. Experimentaba exactamente la impresión que después he sentido cuando recién se desembarca: la cabeza atontada y oprimido el pecho; y los hombros de todas las flotas y las razas, que se acodaban al parapeto, contemplando vagamente el mar, me parecía reconocerlos, como si acabara de hacer con ellos una larga navegación...

de afortunadas pinturas, sino en una comunión íntima, total, cuya raigambre es mucho más sutil que la de cualquier enamorado de los aspectos pintorescos y vagabundos del océano.

D'Halmar, gran desencantado, es de esos hombres que siempre anduvieron lejos de sí mismos y cuya nostalgia ingénita les sembró el camino de adioses fantasmas y de vidas perdidas. Ya en su libro "La lámpara en el Molino", publicado en Chile alrededor del año 1915, aparece ese sueño prolongado en renunciaciones, en irremediables abandonos, que ha venido a ser el leit motiv de toda su obra posterior.

Es un místico que ha orado en todos los santuarios y no ha logrado calmar el vacío de su corazón; un viajero que ha roto todos los horizontes y no ha extinguido su sed de ausencia.

Dos factores han modelado, sin duda, el alma de D'Halmar en su forma exquisita y pura: su permanencia en el Oriente y sus largas navegaciones.

De la India y de Turquía extrajo el sentido esotérico aplicado a su filosofía desesperanzada; del mar—ya lo dijimos—arranca un

LA GRAN ESFINGE

Casi a los pies de la Gran Pirámide, pero disimulada desde arriba por un repliegue del terreno, confundiendo a medias con él, la Esfinge aparecía para mí. Yo entreveía su grupa, yo veía delante sus garras profundamente enclavadas. El anochecer africano, traslúcido y como incandescente, destacaba en coral sobre el cielo oro-verde las moles de granito que fueron tumbas de los Faraones. Y nadie turbaba mi entrevista, como si mi largo rodeo hubiera tenido por objeto hacer hora para encontrarla solitaria.

¡Solitaria! Alcé intimidado los ojos, tratando de encontrar su mirada demasiado por encima de nosotros; su mirada que no nos ve porque mira en sí o delante de sí, más allá de lo que puede contemplar. La visionaria cabeza estaba allí, emergiendo de las dunas como de un piélago petrificado, desmesurada bajo las primeras indecisas estrellas, con los rígidos pinjantes de la calántica cayendo a ambos lados como las bandeletas de una momia; en una postura de reposo y a la vez de expectación, de la que nadie podrá dar idea. Nada más inmóvil y, sin embargo, más anhelante (y yo empleo aquí el único término de que dispongo) que esa forma casi informe, demasiado grande para llamarse una estatua y demasiado pequeña para ser una montaña. Parecía guardar, como los dragones en los cuentos, la entrada de lo impenetrable. Sonreía con la misma sonrisa errante. Parecía aguardar que viniesen a relevarla de su guardia o que alguien, no sé quién, le pidiera o pronunciara la palabra cabalística. Por mi parte, yo no sabía sino soñar echado a sus plantas, allí en el mismo sitio donde habían hecho su primer alto y donde harían el último todas las caravanas, desde siempre hasta nunca.

Postrado a sus plantas yo soñé. ¿Quién puede suponer todas las reminiscencias de lo que uno cree no saber, todos los presentimientos de lo que uno cree no conocer, que se animan en nuestro doble astral al contacto de esas piedras vivificadas por la Humanidad, patinadas por el sol, por la luna y por el viento, solos testigos sobrevivientes de las generaciones abolidas? El simoún las había arrebatado en su apoteosis, había arremolinado los despojos en torno suyo; pero ellas, colocadas, sin embargo, por la mano de los hombres, se habían solidificado como divinizaúas. Eran un faro sobre las borrascas, cuya linterna encendiera cada vagamundo que se le acercara. Yo sumía en sus ojos obsesionantes mis ansiosas miradas, y su belleza, hecha de inmortalidad, me parecía fuera de todas nuestras estéticas. Era como el pasado, la tradición y la leyenda, la Sibila taciturna a la cual vanamente venía a implorarse el oráculo. Y a su vez, ella parecía pedir el conjuro que desliraría su voz y que desharía este encantamiento en que dormimos, desde el principio de los tiempos, la Tierra y los muertos y los vivos.

Cuando levanté la cabeza como fecundado por una inundación celeste, todo el firmamento del Egipto había despuntado de un golpe. Bajo el cielo de un azul fluido, al arrenal rebrillaba escamoso como una cobra. Ella se había replegado casi en la penumbra; pero los triángulos piramidales lucían tenuemente con una cenicienta claridad rosa, como ascuas a medio extinguir, como si amasados en materia incombustible estuviesen ungidos de sol, como de radiun luminoso. Me alcé, tambaleando, y volviendo a cerrar momentáneamente los ojos, me fui alejando de la Gran Extática y encaminándome a la pirámide de Cheops, que crecía conforme yo me acercaba. Entonces un sentimiento, probablemente instintivo también, comenzó a ganarme; algo que yo no había supuesto y que no ha vuelto a renovarse. Era un terror sagrado ante aquella gigantesca masa que por un momento pareció devorar el espacio, algo que me paralizaba cuando hubiese querido huir, que me helaba el sudor y la sangre, que ponía de punta mis cabellos, como si la eternidad le hubiese bloqueado el paso al pobre judío errante que somos. Con un esfuerzo me arranqué a la órbita funesta de su sombra y me alivié de todo su peso cuando pude volver a avanzar no teniendo delante de mí sino las arenillas vidriosas del sendero, aguijoneando por la sensación a mi espalda de esa presencia, la única que haya superado a todas mis fantasías. Yo estaba solo, pero estaba vivo. Algunos pasos más lejos, las ventanas iluminadas de los afrentosos hoteles ingleses me aparecieron casi providenciales. Mi cabeza se reponía de ese como mareo de las alturas que infunde también el Desierto.



AUGU

MI París ha cambiado, ¿Dónde volvería yo ahora? te, el Poniente no hacen pienso va siendo tiempo cuanto yo amaba. Media cer o renovarse el mundo

¡Ah! ¡Otro tanto dirán perdido como yo su juventud te, dondequiera, de llegar sobre el deslumbrante espeñola! ¡Oh, mi París! ¡O mi chela los últimos aventuras caballeros andantes con el de las Dulcineas, pues el E. los reinos occidentales que sido irremediablemente desyo, que vengo de un país de transición ingrata, ya ni biendo irástilmente tratado go inviolable de aquí abajo

NAVIDA

La noche es brumosa y por los 27.0 de latitud norte y la brisa lleva muy lejos, ta de la orquesta. Han formado del árbol de Pascua; los n. sustraen a la fiesta de los room".

¿Solamente? Un poco í alegre, salgo a cubierta y desde la segunda clase, donde na, hasta la tercera, en que guidecer sus villancicos. No muran cada una con su verde de la linterna de algún mástil estalla otro gritotinela. Y el viento le ha ar las ha esparcido.

Ea pues! a bordo no que sigo mismo. Hace el oficial cuerdo vagamente esa vida de mi tierra. ¿A dónde por frente a las ventanillas, veo pes o las siluetas de las par de sentirse en medio del Océ sobrecoje como un presentiu

¿Dónde, hacia dónde? como una malla y tan lejos el horizonte. ¿Qué hacer par prenderá ya? La vida se prespiraciones son como espejism

U S T O D ' H A L M A R



TO D'HAIMAR

PARIS

yo con él, y todo con nosotros fuera igual que antes? El Levantino sola monotonía banal, y veces se, puesto que se ha transformado de hombre basta para ver enveje-

los que, peor que envejecer, hayan! Pero a mí me cupo en triste suer-momentos antes que el telón cayese áculo de siglos. ¡Oh, mi Constanti-el alma mía de 1909! Fuimos yo y dores no aventureros, el último de los ltimo de los escuderos por la última extremo Oriente, y el Oriente y todos se conservaban anacrónicos habrán ncantados por estos pocos años. Y le evolución incesante en una época o sé donde refugiar mi espíritu, ha-le apegarme a algo intangible, a al-

EN EL MAR

fría sobre el Atlántico indeciso, allá pero resplandece el salón del vapor vez hacia el Africa, los alegres ecos todas las familias una sola en torno os han tenido su juguete y sólo se raxajeros, los jugadores del "smokin

atigado de la danza y de mostrarme momento. Lentamente la recorro, de también se celebra la Noche Buenos emigrantes empiezan a dejar lan-hay estrellas y en las olas que mur-distinta, va proyectándose la luz "Alguien grita; en la altura de al-" "All right" ha respondido el cen-ebatado de los labios las palabras y

edamos sino dos hombres solos con-su guardia sobre la toldilla y yo re-que ha retrocedido como las costas el ancho mundo?... Cuando paso las cabezas inclinadas sobre los nai-jas. Y un abandono como sólo pue-ano en esta velada tradicional, me uento. ¡Dios mío! Las olas se entretajan como alcanza la vista ciñe la niebla i sofocar la angustia que nadie com-enta sin sentido y todas nuestras as-entos. Vuelvo a pasear lentamente ale-

mayor amor hacia la soledad que lleva en sí mismo y que lo convierte en el extranjero eterno, en el nómada sin destino.

D'Halmar reconoce en Loti a su maestro y la crítica siempre enseña sus nombres unidos. Yo veo en D'Halmar un espíritu más hondo, una nostalgia más punzante y más vivida que en el francés.

Me parece D'Halmar más cercano a W. Bonsels, otro que ha cogido a la India con espíritu de místico y poeta.

Pero, antes que nada y por encima de todo, D'Halmar es D'Halmar, el soñador más alto, el espíritu más afinado que haya producido América.

"Nirvana" y "La Sombra del humo en el espejo" son libros gemelos. Hay en ellos el mismo ritmo desolado, el mismo eco de cosas tan distantes, tan perdidas, como si entre ellas y el artista hubiera algo más que tiempo, algo como vidas cumplidas, como toda la fatal certidumbre del destino de esa pobre cosa que es el corazón humano.

¡Yéndome del ruido q acercándome. Estos amigos de un mes se divierten ajenos a mí y aunque he contribuido a su regocijo, nadie ha echado de menos mi ausencia. ¿Por qué tampoco? A donde quiera uno va con su pobre yo, limosneando simpatías. Y en la mano tendida, únicamente los años van dejando caer su escarcha.

—¿Permite usted? — dice alguien detrás de mí. Miro casi asustado. Entonces el que me ha dirigido la palabra se coloca a mi izquierda y silenciosamente hace y deshace conmigo el paseo monótono. Yo pienso y él fuma con las manos a la espalda como lo he visto siempre durante la travesía. Si alguien nos viese juntos, tal vez no daría crédito a sus ojos.

¡Este compañero de viaje, hasta hace un momento estaba para mí tan distante el hurfano viajero que no había cambiado un saludo con nadie! Hacia el gasto de las bromas y de las suposiciones y yo mismo cuántas sátiras no habré lanzado a costa suya. Y he aquí que en la noche de Navidad, andando sobre cubierta, se me coloca al lado, junto al corazón y a la secreta soledad. De un golpe he comprendido su retraimiento y he visto en su pasado y en nuestro idéntico porvenir. ¡Pobre viajero! ¡Pobre compañero de viaje! Inútilmente mañana no volverá tal vez a acercarse, porque con este simple movimiento de acompañarse conmigo en la noche de los recuerdos, me ha dicho más que todas las confidencias. ¿Hablamos si quiera el mismo idioma? Nada importa, ni hace falta. Paseo taciturno a lo largo de un puente de barco; muda compañía y separación sin fin! No puede ofrecer la vida nada más elocuente ni más íntimo.

Y me parece ahora tan alejada la vana garrulería de todos. De alma a alma se han presentado dos hombres y, cada uno en presencia del otro, se han sentido menos abandonados, como si el impalpable reino del espíritu les protegiese.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido? La noche, o tal vez la vida Gracias, viajero, único compañero de viaje, venido no sé de dónde y que posiblemente no volveré a ver; hombre de quién sabe qué patria, gracias, hermano, alegres pascuas y dichosa vida. No nos hemos estrechado siquiera la mano, pero no nos olvidaremos.

El centinela da de nuevo su alerta. El comedor empieza a llenarse para la cena. Una campana suena ocho veces de a dos golpes repetidos. ¡Media noche! ¡Para los soñadores y los ensueños, una vez más ha nacido Cristo! Separémonos sin haber quebrantado el silencio y que cada cual, como una promesa, diga ¡Adiós! en su corazón.

Han pasado las Navidades, ¡tantas!, desde que escribí esta impresión hasta que vuelvo a leerla, y los que celebramos esa fiesta flotante, tan sólo en el barco fantasma volveremos a encontrarnos agrupados. Sin embargo, quién sabe caiga este libro entre las manos de alguno y por eso, sólo para él, copio la tarjeta que esa noche puse en cada asiento y que alguien conserva tal vez.

On the hig-seas on board the S. S. "Oronza" mas, Eve 190...

After a tiresome journey, following, the star of Magi the three, here are the Christians resting under the only shade that is to be had to protect them. The Xmas tree has flourished convering it self with toys and the boys who call them selves men, will each one, pick his sorrows or expectations.

Dear companions, we shall part to morrow, but to day allow me to wish you a Merry Xmas and in this evening party, that is for thismoment our one family only, and as the time passes, never only home, I trust we wil never forget we were mind the distance we are apart, we shall remember each other simpatetically.

BARCO QUE PASA...

Un sentimiento tan extraño que va cerrando el corazón, a medida que uno se aleja de todo lo conocido y amado; por las tardes, mirando a popa la estela de las hélices, una tal impresión de soledad y de destierro supremo.

Y las tardes caen turbadoras en este mar de fuego, con gruesas nubes que forman anfiteatro en el horizonte; una mar eternamente apacible, que hace aún más desoladora esta continua marcha, siempre, siempre; apenas la trepidación contenida que hace vibrar los herrajes, y todo esto mismo adormecedor y monótono hasta el desencanto, hasta la angustia.

"Pasión y muerte del Cura Deusto", ha acarreado a alguna crítica el recuerdo de "El Embrujo de Sevilla", de Reyles. "El Cura Deusto" tiene no sólo una mayor finura de color, sino también mayor intensidad en los caracteres; eso aparte de que el asunto de la obra d'halmariana nada tiene que ver con los aspectos chulescos, ya tan explotados en la novela española.

Leer a D'Halmar es emprender un viaje sin retorno, en un barco de fantasmas. La voz de este hombre que tan desoladamente ha indagado el secreto del tiempo y el vacío del mundo, remueve en nosotros todo lo que en nosotros nos es desconocido, despierta ecos alucinados, entrega la conciencia de la infinita soledad de la vida y de la inútil ansiedad de nuestro corazón.

Tejedor de sombras y de humos, sometido a un destino errante hecho de muerte y misterios, tal es Augusto D'Halmar, cuya "Hora" en esta revista va también como homenaje a su genio.

SALVADOR REYES.

¡Tan extranjero, tan sólo a pesar de los mirajes de la distancia, con una convicción tan profunda de que aquí es para mí lo mismo que allá, porque no tengo nada en ninguna parte, ni aún en ese lejano Chile; sin el consuelo de retroceder siquiera a un pasado feliz que no he tenido, o de ilusionarme a la perspectiva de un porvenir en el que no creo...

Y los días pasan y las noches. Cada vez en la misma hora, las mismas cosas. Rostros extraños, alegrías ajenas, todo un mundo aparte. Uno se asombra de encontrar cada mañana fuerzas para reemprender la vida, librado a sí mismo completamente, y no piadoso, no creyente... viendo la muerte tan vacía como la vida.

¿Por qué es lo que puede ser un aliciente para que uno se sobreleve? El corazón, lo sólo que vale la pena, ha fracasado, y yo no tré a creer que mis ambiciones me retengan a nada. Ambiciones ¿de qué y por qué? Vacía la tarea y un remedo no más de cosas intraducibles... ¿Y cómo, por ejemplo, podría yo decir ahora mi abandono sin límites y para siempre? A lo sumo se recae en las palabras que jumbrosas, que dejan una especie de disgusto, como una vergüenza; a lo sumo se limita uno a contemplar en silencio esta estela de barco, el horizonte que se desvanece; y la realidad pierde su consistencia y uno se habitúa en estado de pesadilla, a la espera de algo parecido a un despertar.

Esta tarde en el golfo de Bengala. Han llenado los ojos miles de visiones y, sin embargo, la misma ansia inaplacada. Tal vez fué cierta esa despedida en Valparaíso, esa despedida en París, esa despedida en Constantinopla?... El barco, el tren, el barco, y andenes y muelles, como otro barco que se llevase a los que nos dicen adiós... Pañuelos ondulantes, cabezas que se confunden y ya, en el mismo momento entrando todo en el dominio de las cosas inciertas, no pudiendo evocarse bien las imágenes amadas, como evaporado en un instante el amor mismo... ¡Puede ser que haya ocurrido aquello!

Esta tarde, medio a medio del golfo de Bengala. (Las primeras horas de la mañana serán en Chile, y en Turquía y en Francia casi el medio día). La eterna campana de las comidas, ha convocado al comedor, y como siempre, sólo yo permanezco en cubierta, a popa, viendo nuestro rastro sobre las aguas, y el sol desfalleciente. Inmenso este mar como si no tuviese límites, comunicando suavemente su cansancio, fastidiosa la misma última claridad del largo día ecuatorial.

Y es más bien como la sensación de una presencia la que me hace volverme lentamente; en medio al polvo luminoso del crepúsculo, ya con sus luces encendidas, otro barco va a cruzarnos del lado de estribor, más pequeño que el nuestro y de tal modo próximo por un instante.

A pesar de la indecisión de todo, puedo abarcar hasta en sus detalles aquella cubierta desierta, y yo no sé qué pena de cosa malograda me sobrecoge. Yo sólo lo he visto pasar y ellos no nos han visto siquiera.

No; aquello era imposible. Apollada en los rollos de cables, mira una mujer largamente hacia este "Nianza"; entonces me ha distinguido y entonces — medio envueltos por la última claridad, del uno al otro barco errante — nos saludamos solemnemente como dos muertos, los únicos dos que velamos. Un momento se encuentran nuestros ojos y después aquello pasa, se distancian las luces, aquello ha terminado como si no hubiera existido.

Mi vista se obstina en seguir esa forma cada vez más pequeña sobre el horizonte, humo débil, silueta casi incorpórea... En el surco de nuestro navío, cabrillean ahora, las primeras fosforescencias...

Cuando he levantado la cabeza, en el cielo obscurecido, hasta las lejanías borradas, todo el firmamento de estas latitudes, había despuntado de pronto como una primavera tropical.

Y otra vez más comienza el girar insensible de las constelaciones, la Cruz del Sur que se endereza y que cada noche vamos dejando un poco más atrás.

...Como si nos alejásemos hasta de los astros, más allá de todo: en esta carrera loca cuyo objetivo no se encuentra...

ULTIMO VIAJE

Tal vez algún día, en quien sabe que puerto de la tierra, pero seguramente muy lejos del Valparaíso de mi infancia, yo también iré a sacudir la ceniza de mi pipa al bar de algún Peter Petersen y sólo conmigo mismo y mis recuerdos, veré delante de mí un pequeño soñador desencantado, que sólo para mí no ha envejecido, que después de tantos vagabundeos, nada ha visto sino el mundo, y al cual, después de tantas peripecias, no le ha pasado nada sino la vida.

LA PARAMOUNT abre su "Programación de Oro" en forma solemne
 en los Teatros SPLENDID e IMPERIO el día 8

Misterios del Bajo Mundo

Es la obra elegida para este acto.



George Bancroft and Evelyn Brent in the Hector Turnbull Production 'Underworld' A Paramount Picture.

La Paramount, como lo ha anunciado, juntó un grupo valioso de diecisiete películas para formar con ellas una "PROGRAMACION DE ORO", es decir, una programación extraordinaria, que rompe todos los moldes conocidos y que representa un esfuerzo nunca visto en la cinematografía del mundo entero.

El público y los empresarios podrán apreciar la importancia de esta iniciativa a partir del 8 del presente, fecha en que la Paramount estrenará simultáneamente en los teatros Imperio y Splendid, su primera gran obra de este conjunto, "MISTERIOS DEL BAJO MUNDO", en cuya interpretación toman parte artistas nuevos, como Evelyn Brent, George Bancroft, Clive Brook, etc.

"MISTERIOS DEL BAJO MUNDO", refleja la vida interesante y extraña de la gente del hampa, para la cual las pasiones tienen una intensidad única. El amor y el odio adquieren en esta super-producción dramática los caracteres grandiosos de una obra desconocida hasta hoy en el cine.

Cada estreno de esta programación irá acompañado de una atrayente actualidad, seleccionada de los grandes récords que baten los intrépidos operadores de la Compañía.

El público verá con sorpresa lo que significa este esfuerzo potente de la Paramount, siempre progresista y eficiente.

Librería y Editorial Nascimento

Un Gran Libro Histórico recién aparecido

- "LOS INTENTOS DE UNION HISPANO AMERICANA Y LA GUERRA DE ESPAÑA EN EL PACIFICO", por Carlos E. Grez Pérez. \$ 20.-
- Otras obras chilenas de actualidad:
- LUIS THAYER OJEDA.— "Ensayo de cronología mitológica" \$ 12.-
- JORGE RUBEN MORALES-ALVAREZ.— "El seguro de vida ante el Código Civil". (2 tomos) \$ 25.-
- "Constitución Política de la República de Chile" \$ 1.20
- Revista "Atenas", año V, N.º 4 (Ultimo número) \$ 2.-
- NOVEDADES TECNICAS Y CIENTIFICAS EX-TRANJERAS**
- HUTTE.— "Manual del Ingeniero". Tomo III (recién llegado) \$ 54.-
- Hay en existencia los TOMOS I Y II c/u. \$ 54.-
- FLEMMING.— "Tejidos Artísticos" (un tomo impreso a todo lujo) . . . \$ 150.00
- ESSELBORN.— "Tratado general de construcción. Obras Públicas" . . . \$ 96.00
- ESSELBORN.— "Tratado general de construcción. Construcción de edificios" \$ 96.-
- NORWOOD Y WIGHT DUFF.— "Escritores de Grecia y Roma" \$ 13.50
- HUMBERT.— "Mitología de Grecia y Roma" \$ 9.-
- LEONARDO SORGANO JORRIN.— "Fonética elemental" \$ 12.-
- "Lápidas funerarias". 50 dibujos originales para grabados artísticos en lápidas. Obras de capital importancia para decoraciones y marmolistas \$ 42.-

Ahumada 125 — Casilla 2298 — Teléfono 3759
 SUCURSAL EN CONCEPCION: COLO-COLO 419-425. — CASILLA 2290
 TALLERES GRAFICOS: Arturo Prat 1430.

CASA DE ARTE Dittrich & Silberfeld

AGUSTINAS 1049
 Teléfono 5782 :: Casilla 2731

Toda clase de objetos
 :: de Arte ::
 Muebles de estilo

Visite Ud. nuestra sucursal
CASA DE ANTIGUEDADES
"EL TAJAMAR"
 CALLE ESMERALDA 749
 Teléfono 5398

15 MINUTOS CON MARIA MONVEL

El auto de María Monvel des- envuelve velozmente la Avenida de Los Leones. María, atenta y segura, maneja el volante. Habla, se ríe. Esta poetisa es verdaderamente mujer muy de ahora, sin ninguna de las poses que, según la creencia general de los hombres, gastan las escritoras. Su charla es viva, rápida, espontánea. Dice:

—Estoy preparando una novela, pero no puedo asegurar si la publicaré. He hecho otros ensayos y no me han dejado satisfecha. Someto mis escritos a duras pruebas de crítica, y si no responden completamente a mi propósito, los destruyo sin piedad. Esta novela que escribo actualmente, está observada directamente de la realidad. Hay en ella el análisis interior que tanto me atrae. La actuación dinámica de los personajes es casi nula, pues la novela de movimiento con mucha intriga y mucha vida exterior, me fastidia. En mi relato ocurren muchos hechos, pero son hechos psíquicos.

—¿Su novelista?

—Proust. Pienso que con él la novela llega a su expresión más pura, pienso que la novela de hoy no puede ser otra que la que obtenga el análisis minucioso y atento de los caracteres, la que, de manera más completa y vivida, refleje el mundo interior de un personaje cualquiera.



MARIA MONVEL

Sin embargo, a pesar de este el sentido de que creo que hay interés mío por rebuscar en las más interés en las gentes superficiales que en las trascendentes.

les. En las personas "profundas", en esas que lo inquietan a uno porque parece que llevan dentro un gran interés, una extraordinaria complejidad, por lo general se busca y no se encuentra nada.

Soy superficial en el sentido de que creo que para entrar en las almas, no es necesario buscar lo trascendental, lo enorme, ni ir con mira de profundo psicólogo, sino simplemente ir en busca de vida y con la actitud más clara posible.

—¿Y versos?

—Versos haré toda mi vida. Posiblemente publique luego un libro, pero será un libro pequeño, pues últimamente he escrito poco. He evolucionado en el verso, dándole mayor soltura a la forma, pero sin romper la construcción clásica.

No acepto la poesía "nueva", que descansa únicamente en la novedad de la música y de la frase. A mí me interesa que haya algo más en el poema: una idea, una emoción humana. En el fondo sigo siendo el mismo poeta romántico de siempre.

Creo que en poesía América vale más que Europa. Mis predilectos son Torres Bodet, Alberti, Gabriela Mistral y otros americanos. Por Gabriela mantengo intacta mi entusiasta admiración. Creo que también en novela nuestro Continente no tardará en aventajar a Europa. La verdad es

que mis gustos novelescos son un poco arbitrarios: me gustó "Zogoi", de Rodríguez Larreta, y en cambio "Don Segundo Sombra" no me interesó absolutamente.

La literatura que se llama de vanguardia, no me atrae. Yo amo la lógica, la claridad, la expresión artística más sincera. Me parece que esta literatura de vanguardia es como un uniforme bajo el cual es imposible distinguir a los distintos escritores. Me parece que hay entre éstos verdadera carencia de personalidades y que todos están dominados por un afán de extravagancia que los iguala y los confunde.

—¿Los viajes?

—He viajado. Tengo un buen puñado de recuerdos encantadores y, entre otras muchas cosas, he visto que en Chile tenemos un grado de cultura muy interesante en relación a otros países de América. Los viajes me gustan, pero no hasta el extremo de ser una apasionada de ellos. Yo soy una mujer de interior, de vida quieta y reflexiva.

María Monvel frena. Hemos dejado atrás Los Leones y Providencia. La Plaza Italia corta la charla y la mano de María, después de su saludo, vuelve al volante y el auto se hunde en el corazón de la ciudad iluminada.

S. R.

UN POETA ESQUIMAL

El explorador danés Kund Rasmussen ha contado en la relación de sus viajes a través del Canadá ártico, la forma cómo encontró al esquimal Orpijaglik (nombre que significa "Ramita de Sauce") y cómo llegó a obtener algunos de los poemas de este cantor polar.

"Poseía una gran fantasía—dice Rasmussen—y un espíritu verdaderamente sensible, cualidades sorprendentes en aquel fuerte y rudo bárbaro. Aseguro que "Ramita de Sauce", sin que él mismo se diera cuenta, era un gran poeta. Cantaba siempre en sus horas de ocio y él mismo llamaba a sus cantos "mis compañeros de soledad".

"Ramita de Sauce" no es el único poeta de su país; todos cantan, a toda hora del día, y las mujeres cantan los poemas de sus maridos. A veces las mujeres inventan también sus canciones. En las que ya he podido conocer, la mayor parte tienen alguna canción íntima compuestas por ellas mismas.

"Cuando pregunté a "Ramita de Sauce" cuántos poemas había hecho en su vida, me contestó sin darse cuenta de la poesía de sus palabras: —"No puedo enumerar mis coplas; nunca las he contado; sólo sé que tengo muchas y que todo en mi alma es canción. Mi canción es mi vida".

He aquí un poema de "Ramita de Sauce":

MI ALIENTO.

Quiero cantar una canción,
la pequeña canción de mis dolores.
Débil estoy, débil como un niño
enfermo desde el último otoño.

Unaja, unaja.

En mi triste corazón late el deseo
que mi mujer se ampare en otra casa;
que vaya junto a un hombre
capaz de ser su apoyo,
apoyo

Unaja, unaja.

¿Conoces tu destino?

Yo, antes fuerte,
estoy ahora débil,
sin poderme levantar.
Sólo mis recuerdos tienen vigor.

¿Dónde está, ¡ay! aquel sano poder de mis
miembros,
que me empujaba a buscar la caza entre las
rocas?

Rendido estoy, tendido sobre pieles.
Sólo vive en mí el recuerdo.

Unaja, unaja.

Escuchad...

Mis recuerdos hablan:
Vino hacia mí desde la embocadura del fiord
el gran bulto blanco,
el oso
que me asaltó,
aturdiéndome con un golpe de su pata.
Se creía sólo, poderoso,
invencible.
Escuchad...

Me acuerdo cuando vino corriendo de la costa
derribándome y sin matarme,
huía de mí,
huía del hombre
medroso de su poder.

Sin sentido quedé sobre el hielo.
Repuesto de mi desmayo
e irguiéndome de un salto,
le perseguí
para clavarle rabioso mi lanza en el corazón.

Unaja, unaja.

Ahora estoy enfermo,
deseando a mi mujer lejos de mí,
en casa extraña,
junto a un hombre
que la sirve de apoyo,

apoyo
seguro y firme como el hielo del invierno.

Unaja, unaja.

La Chilean Cinema Corporation

ESTRENARA

EN LA

Sala Imperio

La divertida comedia

Las Tribulaciones

DE UN

Joven Decente

POR EL GENIAL BUFO

Syd Chaplin

TEATRO MUNICIPAL

TEMPORADA LIRICA OFICIAL 1928

CON LA Cía. DE OPERA MAS GRANDE QUE HA VENIDO A CHILE

CINCO ESTRENOS ABSOLUTOS EN EL PAIS

“**Tristán e Isolda**”, de Richard Wagner. “**Turandot**”, de Giacomo Puccini. “**Salomé**” y “**Caballero de la Rosa**”, de Richard Strauss
----- y “**Resurrección**” de Franco Alfano -----

EL ELENCO COMPRENDE A LOS GRANDES ARTISTAS:

Sopranos: FLORICA CRISTOFORIANU, GIUSEPPINA COBELLI, Inés Alfani Tellini, Lotte Burch, Laura Passini, Aída Appolloni.— Mezzo-Sopranos: ELVIRA CASSAZA, Ebe Stigniani.— Tenores: ANTONIO CORTIS, Dino Borgioli, Franco

Tafuro, los chilenos RENATO ZANELLI Y ONOFRE VIDAL, Guido Uxa y Biando Giuste.— Barítonos: TITTA RUFFO, GAETANO VIVIANI, Lorenzo Conati, Romano Rasponi y Mario Troisi.— Bajos: Gaudio Mansueto, De Petris y Pacini.

MAESTROS DIRECTORES Y CONCERTADORES

GIULIO FALCONI y FERRUCCIO CALUSSIO

MAESTROS SUSTITUTOS

MARCELO TOMASSETTI y ANTONIO D'AYALA

Con el estreno de la Superproducción UFA

“La Montaña Sagrada”

el Principal representará luego la más hermosa obra de arte puro realizada en el año 1928



Un drama pasional hondo que arrastra a tres almas en un tortuoso juego de inquietudes, angustias, celos y alegrías. — “La Montaña Sagrada” ha llamado en París la atención de todos los críticos de arte, quienes concuerdan en calificarla como uno de los prodigios del cine en su constante avance — La gran bailarina Ieni Riefensthal es la heroína de esta tragedia de tres corazones. — Hay en el desarrollo de la acción bellezas escénicas que deslumbran. — El espectador verá absorto los paisajes más hermosos de los Alpes suizos, con sus misterios y sus encantos fascinadores. — Sensacionales ascensiones a la Montaña Sagrada y auténticas carreras de skis practicadas por los más famosos alpinistas, ilustran el desarrollo de esta obra de arte. — Para su estreno, el Principal prepara un programa, extraordinario de música sincronizada.

“El arte por el arte”, — lema griego de origen que ha sido eterna lección para la humanidad, — se ha realizado en la filmación de “La Montaña Sagrada”, película extraordinaria de la U. F. A., que muy en breve presentará la Compañía Terra en el Teatro Principal. Una pureza admirable desde el punto de vista artístico, una técnica portentosa y una composición general sorprendente, denota esta obra maestra de la cinematografía mundial que ha triunfado en forma amplísima en París y que ha provocado un torrente de opiniones muy favorables de los más renombrados críticos de arte de la Ciudad-Luz.

“La Montaña Sagrada” es un poema que canta al mar y a la montaña. El primero está simbolizado por la hermosa bailarina Diotima, mujer escultural, extasiada de bellezas, que día por día al rayar el alba recorría las playas cercanas a su regia vivienda, danzando ante la inmensidad azul con arrebatos febriles. La montaña tiene dos hermosos jóvenes, sus adoradores. Uno ingeniero y el otro estudiante. Ambos pasan su vida practicando peligrosas ascensiones a los picachos más ariscos de los Alpes Suizos y desafían a la naturaleza inclemente para gozar de bellezas jamás soñadas por los hombres de abajo. Estos dos mozos, de recio carácter, unidos por una amistad inalterable, conocen a Diotima, la bailarina, y ambos se sienten como fascinados por el arte exquisito de la danzante. El juego pasional que desarrollan estos tres espíritus refinados, hambrientos de bellezas, constituyen la base de la formidable tragedia que se desarrolla más tarde...

La realización de “La Montaña Sagrada” es un prodigio de esfuerzo artístico. Con elementos simplísimos se ha trazado un drama cálido, fogoso, lleno de humanidad y de palpitante emoción. El marco que sirve de ornamento escénico a la obra es portentoso. Los Alpes Suizos desfilan ante nuestros ojos maravillados, descubriendo secretos que nunca hubiéramos imaginado y mostrando bellezas que nos dejarán huella imborrable en el espíritu. Todos los escenarios de la obra son naturales. No hay un solo telón. Todos los actos que en ella se realizan y que sirven de ornamento al drama pasional, son auténticamente practicados por conocidos alpinistas. Veremos así, en los pasajes episódicos, ascensiones abracabantes, carreras de skis sensacionales, saltos y toda clase de hazañas peligrosas.

La gran bailarina Ieni Riefensthal, — estrella del Govent Garden, — es la heroína de la obra. Ha ce una Diotima bellísima, fogosa, apasionada. Sus danzas por sí solas valen lo que el más grande espectáculo del cine. Nunca habíamos visto bailar tan artísticamente, con tanto fuego y expresión.

“La Montaña Sagrada” será una nota singularísima del año cinematográfico.